

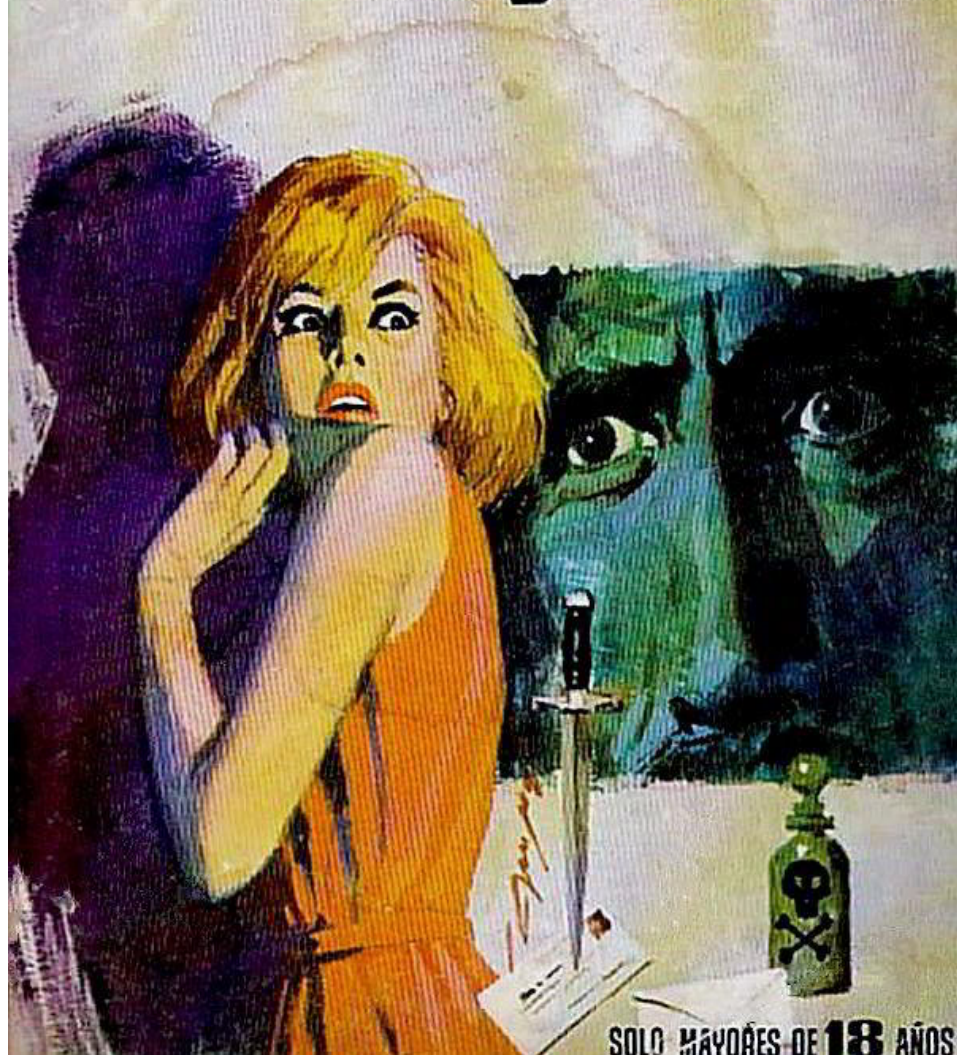
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

CHANTAJE CRIMINAL

**Albert
Rosbund**



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Me había trasladado al centro de la ciudad para hacerme una idea del muchacho. El grupito que capitaneaba tenía prevista una manifestación entre los parques Lafayette y Douglas Mac Arthur, según me había informado una hora antes entre gente allegada, a la panda allá en su cuchitril de Los Angeles Este. No había sido difícil, sólo un puñado de dólares para que se pudieran comprar unos porros.

Antes de actuar quería verlo, observarlo. Imaginaba que la cosa no iba a resultar muy agradable, tal como me habían explicado estaba el asunto. Claro que para eso me habían contratado... y me habían pagado bien.

En efecto, por allí andaban. No hubo ninguna dificultad en localizarlos. Llamaban tanto la atención como un camello en una autopista.



Albert Rosbund

Chantaje criminal

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1616

ePub r1.0

Lds 07.02.19



Título original: *Chantaje criminal*

Albert Rosbund, 1981

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

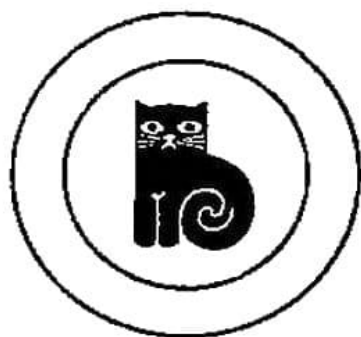
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Para Marina

CAPÍTULO PRIMERO

Me había trasladado al centro de la ciudad para hacerme una idea del muchacho. El grupito que capitaneaba tenía prevista una manifestación entre los parques Lafayette y Douglas Mac Arthur, según me había informado una hora antes entre gente allegada, a la panda allá en su cuchitril de Los Angeles Este. No había sido difícil, sólo un puñado de dólares para que se pudieran comprar unos porros.

Antes de actuar quería verlo, observarlo. Imaginaba que la cosa no iba a resultar muy agradable, tal como me habían explicado estaba el asunto. Claro que para eso me habían contratado... y me habían pagado bien.

En efecto, por allí andaban. No hubo ninguna dificultad en localizarlos. Llamaban tanto la atención como un camello en una autopista.

Eran cinco, tres chicos y dos chicas, entre los dieciocho y los veinticinco años de edad. Ninguno se diferenciaba mucho de los otros, ni siquiera por el sexo. Todos ellos llevaban unas melenas lacias, vestían blusas chillonas y holgadas, pantalones vaqueros deshilachados, y calzaban mocasines. Las muchachas no usaban maquillaje y se adivinaba su sexo gracias a que de vez en cuando la blusa se pegaba al cuerpo y delataba dos leves pronunciamientos pectorales.

Formaban un curioso quinteto, los cinco en rigurosa fila india, uno tras otro, silenciosos, imperturbables. Caminaban muy lentamente, para que la gente se fijara, pero eso sí, procurando no obstaculizar. Cada uno de ellos portaba una llamativa pancarta.

Lo que se podía leer en ellas asombraba, más si se sabía quién era el cabecilla del quinteto.

La pancarta más suave decía:

FERGUSON ES UN CERDO

NO LO VOTES

Ferguson era un candidato republicano que aspiraba a ocupar un puesto en el senado. También era el hombre que me había llenado los bolsillos de dinero del bueno.

Compuse una mueca y encendí un cigarrillo, recostado contra el tronco de un árbol. Al principio, cuando me lo contaron, me había mostrado algo incrédulo, pero ahora no tenía más remedio que admitirlo. Era así.

Algunos transeúntes se detenían o se fijaban en los rótulos, pero en honor a la verdad hay que decir que la mayoría desfilaba indiferente.

Pero eso no alteraba lo más mínimo a los muchachos. Los cinco pasaron por delante de mí muy erguidos, sujetando la pancarta fuertemente. El chico que a mí me interesaba iba el primero, guiando la marcha. No había sido difícil reconocerlo, puesto que llevaba una fotografía suya en el bolsillo. Con menos pelo y vestido más adecentadamente, pero inconfundible por su rostro de facciones angulosas y ojos claros.

Le miré fijamente unos instantes, mientras cruzaba por delante mío: él también a mí. Fue nuestro primer contacto. Y me llevé la impresión de que era un muchacho de fuerte carácter, decidido, del que me iba a ser muy problemático conseguir lo que quería.

Dejé caer la colilla al suelo y la aplasté con la suela del zapato, mientras ellos se alejaban hacia el Lafayette Park como una bien disciplinada patrulla militar.

Entonces surgió algo imprevisible, que provocó que la gente curiosa siguiera su camino apresuradamente, observando sólo de lejos.

Aparecieron de pronto varios policías uniformados, todos ellos blandiendo sus negras porras de una forma amenazadora.

Los muchachos no se inmutaron lo más mínimo y continuaron su desfile. Los agentes les dijeron algo que no llegué a oír, posiblemente que se disolvieran, supongo. Entonces una de las chicas, la rubia, muy impetuosa, se revolvió, barbotando una larga

parrafada. Y el caos se desató.

Los polis cargaron contra ellos, y comenzó la espantada: los muchachos soltaron las pancartas para que no fueran un impedimento en su huida y echaron a correr en distintas direcciones.

El que a mí me interesaba tomó Coronado Street hacia arriba. Rápidamente me puse en movimiento, pues pensé que se me ofrecía una forma de entrar en contacto. Abandoné mi posición de espectador y fui a por mi auto. Enfilé el viejo «Chevy» Coronado Street hacia arriba, igual que el muchacho. Un policía iba tras él.

El chico en cuestión miraba de vez en cuando hacia atrás, sin dejar de darle a sus rápidas piernas. De pronto dobló por la 4th Street. Yo también lo hice, tras acelerar. El policía aún tardaría en hacerlo. Entonces aceleré todavía más y me pegué a la acera.

—¡Sube! —le grité nada más entreabrí la portezuela del otro lado.

No se lo pensó mucho. Miró un instante atrás, no vio al policía y saltó al asiento. Apreté el pedal del acelerador a fondo, partiendo como una exhalación. Me adentré por unas cortas callejas hasta salir a Alvarado Street. Entonces bajé hacia el Hoover Boulevard.

Sólo cuando alcanzamos la University of Southern California, el muchacho habló:

—Ha sido usted muy amable. Gracias.

—No hay de qué.

Seguimos otro trecho en silencio. El no dejaba de palmearse los muslos, nervioso. También jadeaba algo.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó de repente.

—No me gustan los polis.

—Bueno, ya somos dos —esbozó una sonrisa.

—¿Adónde te llevo?

—Puede dejarme donde quiera. Creo que ya nos hemos alejado suficiente. Por cierto, me llamo Bob.

—John Fuller.

Había doblado ya a la izquierda, por Vernon Avenue, y ahora bajábamos por Central Avenue hacia Florence. Eran simples precauciones.

—¿Qué hace usted?

—Trabajo a lo que sale.

—Ajá.

—Ahora me han encargado recuperar veinticinco mil dólares. ¿Qué sabes de eso, chico?

Lo dije de una forma amistosa, mirándole y aprovechando un semáforo en rojo.

Sus ojos verdes refulgieron.

—Así que es un lacayo de él... —barbotó.

No me dio tiempo a replicar: abrió la portezuela y se lanzó a la calzada en el momento en que iba a arrancar. Le vi correr en dirección contraria a la mía. Sonaron bocinazos, apremiándome. Apreté los labios, contrariado, y avancé hacia adelante.

* * *

A la mañana siguiente me personé en su domicilio, dispuesto a emplear otra táctica. Había llegado a la conclusión de que el muchacho era terco como una mula y difícil como todo buen rebelde, y por las buenas poco iba a lograr. Por otro lado, tenía permiso de mi cliente para actuar con entera libertad, incluso llegando al robo.

Yo no tenía —ni tengo— prejuicios. Además, para mí el caso estaba claro y hacer la cosa no podía traerme grandes problemas, salvo que me pescaran con las manos en la masa.

Resumiendo: me planté en una esquina cercana al edificio donde vivía y aguardé a que saliera. Un juego de ganzúas descansaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta.

No tardó mucho en aparecer el muchacho, acompañado por la rubia impulsiva del día anterior. Los dos caminaron muy acaramelados hacia una destartada furgoneta, cuya carrocería estaba pintarrajeada de la forma más insólita. Mentalmente apunté el modelo y la matrícula, por si acaso. Es algo prácticamente innato en mi profesión.

Luego, en cuanto desaparecieron de mi vista, me adentré en el edificio. Allí no había encargado alguno ni ascensor.

Era un lugar viejo, poco limpio, de paredes desconchadas y cierto rastro de humedad.

El muchacho vivía en el tercer piso, puerta seis. No hubo ninguna dificultad para forzar la cerradura, y en seguida me vi en el interior.

Era un modesto apartamento compuesto por una pieza central con un ventanal que daba a la calle y varias puertas que daban a la cocina, al lavabo y al dormitorio. Había un mobiliario escueto, preciso, reinaba el desorden y olía a «hierba». Seguro que se habían fumado algún canuto antes de salir a la calle, para entonarse.

Tras la rápida mirada de curiosidad, con el fin de hacerme una idea del lugar donde me encontraba, me puse manos a la obra.

Miré por todos lados. No era un trabajo difícil porque apenas había muebles que escudriñar, casi todo estaba a la vista. Conforme pasaba el tiempo, mi frustración se hacía más patente. Lo más que había llegado a descubrir escondido era un paquetito de hachís. Finalmente, cansado y resignado con mi suerte, sin haber dejado ningún hueco sin mirar, me dejé caer sobre una vieja butaca que crujió amenazadora.

Encendí un cigarrillo, pensativo. No me quedaba más remedio que volverlo a afrontar.

Y decidí esperarlo.

Apareció al cabo de una hora larga, cuando ya había consumido tres pitillos. Afortunadamente venía solo, sin la chica rubia.

—¡Usted..., cerdo! —bramó al instante, nada más verme, quedándose muy quieto.

—Hola, muchacho —sonreí, sin moverme del sitio.

Desparramó una rápida y nerviosa mirada por la pieza, se fijó en el paquetito de droga y barbotó:

—¡Maldito fisgón! ¡Lárguese!

—No hasta que obtenga lo que quiero. Tengo tiempo.

—Yo también, pero ni le voy a dar lo que quiere ni tengo ganas de verle. ¡Fuera!

—No.

—Me está obligando a comportarme de una forma desagradable... y no quisiera ser desagradecido.

Me puse en pie, sin perder la sonrisa.

—Sólo tienes que devolverme el dinero, muchacho.

—¡Imbécil! ¡Mire lo que le voy a dar si no se va!

—¡Eh!

Salté hacia atrás, sorprendido por su violenta reacción. El chico, ni corto ni perezoso, acababa de empuñar una navaja automática.

—¡O se marcha o le pincho! —amenazó apuntándome con la

punta de la hoja.

Me habían pedido también que no me extralimitara, pero aquello lo consideré demasiado. El muchacho no parecía muy experto, así que finté y luego moví rápidamente la pierna derecha hacia arriba.

La navaja voló por los aires y por la boca del chico brotó un taco obsceno. Se quedó unos instantes paralizado, asombrado por mi acción, y yo aproveché para colocarle un puñetazo que lo envió contra la pared de enfrente.

Mientras rebotaba, me incliné para recoger la navaja. El chico se había recuperado en seguida y ya tenía en las manos una silla que salió lanzada como un obús contra mí. Tuve que agacharme para evitar que impactara con mi cabeza. Entonces el muchacho corrió hacia la puerta y logró salir antes de que yo llegara a ella.

Le perseguí por las escaleras saltando de tres en tres los peldaños. Era rápido y ágil, el muy condenado. Me estaba cobrando ventaja.

Tuve suerte.

En el momento que el muchacho alcanzaba el vestíbulo del edificio e iba a salir, apareció una mujer joven, bella, elegante, con un bolso colgado del hombro, que desentonaba claramente con el lugar.

Sin premeditación alguna, le cerró el paso. Yo no le presté a la recién llegada más atención, centrándome en el chico. Su situación me vino de perlas para hacer un último esfuerzo y abalanzarme sobre él.

La mujer ahogó un grito, muy sorprendida. Yo conseguí atrapar por la cintura al muchacho e iniciamos una especie de baile los dos juntos, él pretendiendo desasirse, yo queriendo dominarlo.

—¡Hijo de puta! —me espetó, rabioso.

Le clavé un codo en el hígado y eso le dejó sin ganas de proferir más insultos. Entonces lo tomé por el cuello, llevándolo hasta una pared.

Lo estrellé contra ella, diciéndole muy seriamente:

—Se acabaron las contemplaciones, amiguito. Este asunto es una mierda y no estoy dispuesto a perder tanto tiempo con él. ¿Dónde está el...?

Me quedé con la pregunta a medias por culpa del golpe en la

cabeza.

Resultó que la recién llegada, de simple y asombrada espectadora, había pasado a tomar parte activa en nuestra disputa inclinándose por el muchacho. Y no contenta con el primer bolsazo que me había obligado a soltar al chico, dejándome medio atontado, volvió a descargar su brazo contra mi cabeza.

Esta vez sí que me derrumbé.

CAPÍTULO II

Bueno, ¿y cómo me metí en el lío?

Muy sencillo: yo perdía el tiempo haciendo crucigramas sobre la mesa escritorio de mi despacho. Llevaba una mala racha de trabajo, escasa clientela, encima poco dotada económicamente. Eso estaba provocando que mis ahorros se fueran agotando. Corría peligro de acabar próximamente pidiendo limosna.

Y fue entonces cuando apareció por mi oficina aquel mirlo blanco.

Era un sujeto de treinta años a lo sumo, alto y delgado, de negros cabellos ensortijados, ojos oscuros, nariz aguileña y barba bien rasurada. Vestía un elegante traje de chaqueta, magistralmente cortado a su medida, con corbata a juego sujeta por un costoso alfiler. Y de su esbelto cuerpo se desprendía un fuerte olor a colonia varonil.

Al principio pensé que se había equivocado al entrar en mi oficina.

—¿Es usted John Fuller? —preguntó entonces.

Asentí. A continuación le ofrecí asiento, pero prefirió estar de pie.

—Me llamo Gantry, Richard Gantry —se presentó—. Mi jefe está interesado en contratarle.

—¿Quién es?

—Primero quisiera saber si está disponible, señor Fuller —replicó.

—Por supuesto.

—Entonces venga conmigo y lo conocerá.

—Humm... —musité, receloso.

—Quiere que se lleve esto con discreción —añadió con sonrisa

amigable—. Por favor.

Algún pez gordo, pensé. Eso me animó a aceptar, cerrar la oficina e ir detrás del tipo. El conserje me saludó como desde varias semanas atrás no lo hacía: era el encargado de cobrar los alquileres y seguro que estaba oliendo dinero, sobre todo si se había fijado en el reluciente «Cadillac», con chófer incluido, que nos esperaba en la calle.

Subimos.

—Adelante, Charlie.

Charlie era el conductor, un sujeto uniformado y con gorra de plato, del que sólo pude observar su nuca desde el asiento trasero. Puso el coche en marcha y nos dirigimos directamente hacia Santa Mónica.

Apenas intercambiamos unas palabras Gantry y yo durante el camino. En un momento dado, mientras atravesábamos Mar Vista, me ofreció su pitillera de oro y fumamos en silencio. El «Cadillac» bordeó luego el Santa Mónica Municipal Airport y enfiló hacia Brentwood Heights. Pasamos el Country Club, iniciando una especie de tobogán por las colinas hasta terminar ante una discreta y casi solitaria casa de dos pisos, con jardín y piscina únicamente.

Allí nos esperaban dos hombres. Ambos debían rondar el medio siglo de existencia, uno era más alto, moreno, de ojos claros y facciones angulosas; el otro, de mediana estatura y mayor corpulencia, era pelirrojo y pecososo, de vivaces ojos grises. Los dos vestían ropas deportivas, de precio, y sobre todo el primero, el alto y moreno, parecía preocupado.

A éste precisamente lo conocía de haberlo visto últimamente en los periódicos y en la televisión local: era Gene Ferguson, candidato a senador por el bando republicano. El otro, tras las presentaciones y saludos de rigor, resultó ser James Russell, hombre también del partido, buen amigo de Ferguson, que le había cedido su casa para el encuentro conmigo.

—Se trata de un asunto personal que no quiero que trascienda —fue lo primero que me dijo Gene Ferguson al estrechar mi mano.

—Seré como una tumba —prometí.

Apareció entonces una persona más. Era una mujer de unos cuarenta y tantos años, rubia, de elegante figura. Rápidamente me fue presentada como Evelyn Russell, la esposa del dueño de la casa.

—¿Qué quieren tomar? —preguntó luego.

Yo pedí un *gin-tonic*. Seguidamente los cuatro nos acomodamos en la terraza y allí nos trajo las bebidas la mujer. Se despidió con una sonrisa.

—Me pregunto por qué un hombre tan importante como usted ha recurrido a un detective privado como yo —dije tras humedecerme los labios con la bebida servida, para romper el fuego de la conversación.

—Bueno, la respuesta es sencilla —me replicó al momento el candidato—. No es usted conocido, no pertenece a mi nómina y por otro lado, según las referencias tuyas que me ha proporcionado mi secretario —le dirigió una mirada a Richard Gantry—, parece ser que usted no pone muchos remilgos a la hora de trabajar, sea la clase de trabajo que sea.

—De eso último tiene la culpa el hambre —hice una mueca—. De todas formas, el asesinato queda a un lado.

Gene Ferguson sonrió, los otros también, pero más levemente. El candidato agregó:

—No hay que llegar a tanto.

—Bien —bebí otro sorbo del combinado y chasquéé la lengua—. Vayamos al grano.

—Sí, sí... Se trata de mi hijo. Bueno, tengo dos hijos. Robert y Helen. Mi hijo varón.

—¿Qué sucede?

—En fin —le dio varias vueltas a su vaso—, es largo y difícil de contar. Lo cierto es que desde su mayoría de edad se largó de casa a vivir su vida, una vida muy distinta a la habitual, a la que yo le ofrecía. Rara vez aparece, salvo cuando está en graves apuros. Siempre anda con pandillas de desaharrapados, *hippies*, gente así...

—Entiendo. ¿Y bien?

—Al saber que yo me presentaba a senador, la ha tomado conmigo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo es eso?

—La verdad es que nunca nos llevamos bien. No me lo explico —meneó la cabeza de un lado a otro—. Desde niño es... es como si me odiara. Por más que he hecho por él... En fin, el presente es lo que importa ahora.

—Exacto —terció James Russell—. No tienes por qué atormentarte más en estos momentos.

—Sí —asintió—. Lo que importa es que Robert está haciendo propaganda en mi contra.

—Curioso. Pero yo...

—No se trata exactamente de eso, señor Fuller. Simplemente quería ponerle en antecedentes. Robert es mayor de edad, es libre de hacer lo que quiera, votar al que más le guste. El problema es más grave.

—Usted dirá.

Primero bebió un largo trago, luego me lo dijo:

—Me ha robado veinticinco mil dólares.

—¿Eh? —Brinqué.

—Estuvo el otro día por casa, de visita dijo. El sabe que tiene las puertas abiertas, nunca se las he cerrado, pues siempre he buscado la aproximación. El muy ladino aprovechó para asaltar mi caja fuerte y llevarse el dinero. Y lo que no estoy dispuesto es a que me robe, y mucho menos a que ese dinero sirva para promocionar una campaña contra mí, ¿entiende, señor Fuller?

—Sí, pero...

—Como comprenderá no iba a recurrir a la policía —me cortó cualquier observación—. El escándalo sería mayúsculo. Quise resolverlo de una forma privada, familiar, y le rogué a Richard que lo localizara y le hablara. Mi hijo no quiso atender a razones y lo despidió a cajas destempladas. Es por eso que hemos pensado en usted.

—Hummm... —Miré el fondo de mi vaso—. Es una papeleta bastante... complicada, delicada diría también...

—Supongo que no le dará miedo.

—¡No!

—Tiene carta de libertad, señor Fuller. Puede emplear los medios que quiera, incluso robarle ese dinero. No creo que le vaya a denunciar, caso de que le pescara.

—Es lógico pensar así.

—Y además sería usted quien contara con mi apoyo.

Apuré mi bebida, pensativo. Los otros dos hombres, Russell y Gantry, continuaban silenciosos, atentos a cuanto se hablaba entre el candidato y yo.

—¿Qué dice?

—Aún no me ha hablado del pago —nombré en seguida el vil metal.

—Por ese lado no habrá problema, señor Fuller —me sonrió amigable—. Lo que pida.

Esa respuesta fue lo que me decidió definitivamente.

—El veinte por ciento de lo que recupere, más gastos.

—De acuerdo. No es el dinero lo que más me interesa, sino evitar que sirva para atacarme.

—Lo entiendo.

—Extiéndele un talón por mil dólares a cuenta, Richard.

Daba gusto tratar con gente así. El secretario abandonó su vaso y obedeció presuroso. Pronto pude tener el talón en mis manos. Me encontré como en la gloria.

—¿Qué datos me puede dar de él?

—Richard...

Nuevamente Gantry se movió, esta vez para entregarme una foto del díscolo muchacho de marras. La observé con detalle. El chico no podía negar que era hijo de mi cliente, existía un gran parecido, las mismas facciones, el mismo color de ojos... Pero también tenía cara de estar de vuelta de muchas cosas.

—¿Saben por dónde para?

—Yo lo localicé en un apartamento de mala muerte en Los Angeles Este —me informó el secretario, facilitándome seguidamente la dirección exacta—. Vive con una amiguita rubia. Los dos son al parecer bastante aficionados a la droga. Los encontré medio en las nubes...

—Ajá. ¿Eso es todo?

—Me gustaría que se diera prisa —respondió Gene Ferguson—, antes de que malgaste todo ese dinero.

—Lo procuraré.

—Y tampoco se extralimite. Es mi hijo.

Sonreí a medias. Por un lado me daba carta blanca, por otro... Me dije que habría de llevar cuidado, pues tal vez podría quemarme.

La reunión terminó en ese punto, nos pusimos en pie y nos despedimos. Richard Gantry iba a acompañarme de vuelta a mi oficina, pero en ese instante apareció un bonito coche deportivo

rojo y de él descendió una muchacha trigueña, de veintitrés años a lo sumo, que se movía con mucha desenvoltura y gracia. Sus piernas eran perfectas.

—¡Hola, gente! —saludó jovial, para luego fijar su mirada en mí.

Resultó ser la hija de los Russell, de nombre Rebecca, y también la novia de Gantry.

Después de estrechar mi mano, se colgó de un hombro de su prometido.

—¿Me vas a dejar sola, Dick? —le preguntó, poniéndolo en un compromiso.

Yo salí al paso, excusándole. Y únicamente me fui en el lujoso «Cadillac» con el silencioso chófer Charlie.

Cuando llegué a la oficina, como era tarde y no había más clientela a la expectativa, decidí cerrar e ir a divertirme, celebrando anticipadamente el nuevo trabajo.

Esa noche acabé borracho como una cuba entre dos generosas damas de senos opulentos y piernas muy abiertas. Por la mañana, la cabeza me daba vueltas, pero no tanto como ahora. Peor habían sido los dos bolsazos.

CAPÍTULO III

No perdí del todo el conocimiento.

Me quedé sentado en el suelo sobre mis cuartos traseros, la cabeza dándome vueltas. Mi escasa capacidad de reacción quedó anulada al observar que los dos jóvenes se conocían.

—¡Helen, qué oportuna! —exclamó él.

—Robert, ¿por qué...?

—Ahora no hay tiempo para hablar —le palmeó una mejilla—.

Ya nos veremos...

—Pero yo quiero...

—Gracias por tu ayuda, Helen.

—¡Robert!

El muchacho no le hizo más caso, echando a correr hacia la calle. La joven llamada Helen me dirigió una mirada con los labios prietos, luego fue tras él.

Yo intenté incorporarme, apoyándome en la pared. Poco a poco lo fui consiguiendo, no sin dejar de pensar en la maldita aparición de la joven y en sus no menos malditos bolsazos. La cabeza me dolía horrores.

Cuando ya había conseguido mantener la vertical y fijar mi visión, surgió de nuevo ella.

Rápidamente me puse en guardia, por si acaso volvía a la carga.

Pero no. La muchacha se quedó parada frente a mí, algo jadeante y con rostro de evidente contrariedad.

Como ya dije antes, era una joven bella y elegante. Ahora pude fijarme mejor en ella. Poseía unos largos y sedosos cabellos castaños, unos grandes, rasgados ojos verdes, muy brillantes, una fina nariz y una boca perfectamente dibujada con *rouge*. Además, su cuerpo era esbelto, escultural, con un seno que bajaba y subía

acompañado con su agitada respiración.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó.

—¿Usted qué cree? —le repliqué ácidamente.

Ella se mordió el labio inferior.

—Lo lamento, señor...

—Fuller.

—Yo soy Helen Ferguson.

Parpadeé, sorprendido nuevamente.

—¿La hermana?

—Sí.

—¡Pues menuda la ha hecho!

—Usted... usted trabaja para mi padre...

—Así es. Pero se ha enterado un poco tarde.

—Intenté detener a mi hermano en la calle, pero no me quiso atender, pues debía... «debía huir de ese lacayo de papá», fueron exactamente sus palabras.

—No me coge de nuevas, ya me lo dijo en otra ocasión.

—Yo creí que era un asaltante... vi que Robert tenía problemas y... En fin, me precipité.

—Exacto —me pasó una mano por la cabeza—. Su hermano me amenazó con una navaja allá arriba. Yo le desarmé. Entonces él escapó, y cuando había logrado atraparlo, apareció usted con su bolso.

—Lo siento.

—¡Qué se le va a hacer!

—Todo ha sido culpa mía.

—Bueno, habrá que empezar de nuevo. Supongo que por aquí ya no volverá a aparecer su hermano. Se buscará un nuevo agujero.

—¿Usted qué... qué buscaba?

—Es un asunto confidencial, señorita Ferguson. Pregúnteselo a su padre.

—¿Tal vez los veinticinco mil dólares?

La miré fijamente.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Era por lo que yo venía. No sabía que papá hubiera contratado ya a alguien para que se encargara del asunto. Yo tengo cierto ascendente con Robert y pensé que si le hablaba, lograría convencerle.

—Ajá.

—Quería hacerle recapacitar. Papá ya tiene bastantes problemas y enemigos para que Robert también vaya en su contra. No sé si sabe que está haciendo propaganda...

—Lo he visto.

—Es horrible.

Me encogí de hombros. Realmente, los problemas familiares me importaban bien poco. Lo mío era recuperar los veinticinco mil dólares, y punto.

—¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, sí...

—¿Le apetece tomar algo? Le invito.

—Gracias.

Pensé que un *whisky* doble me vendría bien, así que nos encaminamos hacia un cercano bar. Una vez acomodados en la barra, ella prefirió una cerveza.

—¿Cuál es su trabajo, señor Fuller? —me preguntó tras abonar la cuenta por anticipado—. Usted no pertenece a la nómina de mi padre, nunca antes le había visto...

—Soy detective privado.

—Oh.

El *whisky* me estaba reanimando totalmente. Las fuerzas y la lucidez volvían a mí por completo, sintiéndome más seguro de mí mismo.

—¿Y usted qué hace? —le pregunté a la muchacha, tras la breve pausa.

—Soy traductora simultánea, pero actualmente colaboro en la campaña de mi padre. Necesita mucha ayuda.

—¿Y qué le parece lo de su hermano?

—No lo entiendo, nunca lo he entendido, ésa es la verdad. Su comportamiento puede parecer lógico, hay jóvenes que prefieren ese tipo de vida, no tengo nada contra ellos..., pero lo de Robert es distinto... Ese odio a papá...

—¿No sabe por qué?

—No.

—¿Usted quiere a su padre?

—Desde luego. Y también a mi hermano. Nunca me he llevado mal con él.

—Hum.

—Este asunto ahora es de lo más inoportuno. Como le dije antes, mi padre necesita ayuda, sobre todo de la familia. Ha de luchar no solamente contra su oponente. Alan Howard, el representante del bando demócrata, sino también contra gente de su propio partido.

—¿Cómo es eso?

—Algunos no están de acuerdo con su designación. Esa oposición la encabeza Patrick Elmore, un viejo contrincante de mi padre dentro del mismo partido. Siempre hubo, que yo recuerde, fuerte tirantez entre ellos, y ahora se ha acrecentado... Y por si todo esto no fuera poco, lo de Robert. Les está haciendo el juego a los otros. Incluso es posible que le aprovechen en sus campañas.

—Lo entiendo.

—Ya veremos cómo acaba todo —suspiró, consultando seguidamente su reloj de pulsera—. Bueno, he de irme.

Estreché su mano como despedida, agregando ella:

—Y de veras que lo lamento. Si localiza a mi hermano y cree que puedo ayudarle a convencerle, avíseme.

—Lo tendré en cuenta.

La vi alejarse con un ligero contoneo de caderas. Yo me quedé allí unos minutos más, bebiendo otro *whisky*, ahora por mi cuenta, y fumando un cigarrillo.

Finalmente decidí largarme a mi apartamento, dispuesto a descansar. Le cogí tanto gusto a la cosa que cuando desperté, en vez de presentarme en la oficina, opté por telefonar al conserje y preguntarle si había alguna novedad. Si no la había, empalmaría con el día siguiente.

—Estuvo aquí una pelirroja cañón, señor Fuller —me informó con voz de sátiro—. Tenía urgencia por verle. Dijo que volvería más tarde.

CAPÍTULO IV

Ahora que se presentaba el trabajo con cierta regularidad, no era cuestión de relegarlo, así que decidí salir y presentarme en la oficina.

La posible clientela no había vuelto aún. El conserje me la describió con pelos y señales, muy admirado, y de paso me recordó que tenía varios recibos por cobrar. A la mujer no la conocía, respecto a lo otro le prometí que más adelante arreglaríamos cuentas.

Arriba estuve ordenando algunos papeles para entretener el tiempo de espera. De pronto el telefonillo interno sonó y la voz del conserje me informó escuetamente.

—Ya sube.

Era una pelirroja cañón, en efecto. Al momento comprendí la admiración que había despertado en el conserje. Alta, esbelta, con una larga melena color fuego, unos ojos grandes, azules, casi transparentes, y una boca devoradora, poseía un porte ciertamente elegante. Su busto era alto, firme, voluminoso. Las caderas tenían la forma de una ánfora griega, y las pantorrillas que asomaban por debajo de la falda hubieran hecho componer una mueca de envidia a Angie Dickinson.

Yo también quedé hondamente impresionado, sobre todo de que un bombón así se interesará por mí. Debía contar una edad aproximada a la mía, entre los veintiocho y los treinta años. Así pues, una mujer en plena sazón.

—¿El señor Fuller? —me preguntó con una voz aterciopelada, musical.

—Sí, señorita...

—Señora Castle —me rectificó en seguida, rompiendo buena

parte de mis sueños—. Liz Castle.

—Perdone... Por favor, siéntese.

Le ofrecí una de las butacas. Una vez se hubo acomodado, cabalgando una pierna sobre la otra, rodeé la mesa escritorio y ocupé mi sillón giratorio. La miré con fijeza. Parecía algo nerviosa.

—Usted dirá, señora Castle.

—Pues... —empezó, humedeciéndose los pulposos labios con la punta de la lengua—. ¿Está libre, señor Fuller?

Arquee una ceja.

—¿Libre?

—Si tiene trabajo...

—Ah, bueno —forcé una sonrisa. Otra buena parte de mis sueños se fueron al diablo—. Tengo un asunto entre manos, sí...

—Oh.

—Pero depende de lo que se trate, señora Castle. Si no es urgente ni ocupa muchas horas, tal vez pudiera simultanearlo. Usted dirá —insistí.

—Es sólo por esta noche.

—¿Esta noche? —Miré instintivamente hacia el ventanal. Ya caían las primeras sombras sobre la ciudad—. ¿Qué sucede esta noche, señora Castle?

—Verá... —descabalgó la pierna derecha y cabalgó la otra. Evidentemente estaba nerviosa—. Supongo que todo lo que se hable aquí no saldrá...

Todo el mundo igual, pensé.

—De eso puede estar usted segura, señora Castle —le sonreí para inspirarle mayor confianza.

—Bien —musitó, pero sin decidirse a dar el paso.

Opté entonces por sacar mi cajetilla de cigarrillos y ofrecerle. Aceptó, al igual que el fuego de mi encendedor. Observándonos a través del humo pareció animarse, aunque continuaba muy nerviosa.

—Como ya habrá supuesto, soy casada...

—Sí.

—Y... y he tenido un desliz —agregó, cerrando los labios como un cepo.

Puse cara de ingenuo.

—¿A qué se refiere, señora Castle? Me gustaría que fuera más

clara, para que no hubiera equívocos.

Le dio una larga chupada al cigarrillo.

—Quería decir que he tenido relaciones con otro hombre que no es mi esposo —respondió de un sopetón, al tiempo que expelía el humo.

—Hummm.

—Pero no es sólo eso —dijo después—. Lo grave es que esta relación ha sido descubierta por una tercera persona.

—¿Quién?

—No lo sé, pero lo cierto es que se ha puesto en contacto conmigo y... y me ha pedido veinticinco mil dólares por no desvelar el asunto.

—Un sucio chantaje.

—Exactamente, señor Fuller. Y me tiene bien cogida, no tengo más remedio que pagar.

—¿Y qué quiere de mí —pregunté intrigado—: que descubra al chantajista?

—No. Eso no serviría de mucho, imagino. El se vengaría dando publicidad a lo que sabe.

—Posiblemente.

—Y... y no lo vamos a matar.

Me envaré.

—Por supuesto. ¿Entonces?

—Tengo miedo. Soy una mujer sola y...

—Pero el otro hombre, su amante...

—He preferido que él no sepa nada y permanezca al mar gen. Quedé de acuerdo con el chantajista que un empleado le llevaría el dinero, pero no me fío completamente de ningún empleado, podría confiárselo a mi esposo..., así que por eso pensé en un detective privado y le escogí a usted, ¿entiende?

—Ajá.

Me lo pensé muy seriamente. Ella me miraba, aguardando con cierta ansiedad. De pronto, se puso en pie y se inclinó sobre la mesa para apagar su pitillo, estrujándolo en el cenicero de cristal.

La vi más cerca, muy sugestiva.

—¿Me va a ayudar, señor Fuller? —me preguntó con un hilo de voz.

—Pues...

—Le pagaré lo que quiera por ese favor —volvió a su sitio—. Estoy asustada. Nunca me he visto en una situación así.

—De acuerdo —cedí, impresionado por las chispitas de temor que veía en sus pupilas.

Ella suspiró aliviada.

—Gracias —dijo, abriendo su bolso—. ¿Cuánto me va a cobrar, señor Fuller?

—Ya hablaremos de eso una vez finalizado el asunto. ¿A qué hora es la cita?

—A las diez.

—Faltan entonces dos horas. ¿Dónde?

—Junto... junto al cementerio de Rosedale.

—Bonito lugar —murmuré sarcástico—. ¿Le apetece tomar algo? Creo que le vendrá bien.

—Sí, gracias.

—Entonces vayamos al *snack*-bar de la esquina.

Me puse en pie, cogiendo la chaqueta del perchero.

—¿Llevará... pistola? —preguntó entonces ella.

La miré con una ceja alzada.

—No suelo usarla —repuse.

—Sería mejor, ¿no? Por si acaso. Por lo que he leído en los periódicos, los chantajistas suelen ser personas peligrosas...

—Sí —admití, abriendo el cajón central de la mesa. Tomé la automática que allí tenía medio olvidada y revisé el cargador. Hacía tiempo que no la utilizaba.

—Ahora voy más tranquila —dijo ella al ver que me la echaba al bolsillo.

Fuimos a lo de

«Joey's».

Ella no quiso comer nada, conformándose con un *whisky* aguado. Yo tomé una hamburguesa y una cerveza.

El tiempo transcurrió lenta y monótonamente. Yo traté de sonsacarle algo más acerca de ella, su familia, sus relaciones sociales que imaginaba importantes cuando tanto la había afectado el chantaje. Además, debía tener dinero en abundancia. Pero ella se mostraba muy hábil desviando la conversación hacia temas intrascendentes.

Finalmente llegó la hora de acudir a la cita con el chantajista.

Tomando mi coche porque ella había acudido en taxi a mi oficina. Por el camino me pidió un nuevo cigarrillo, que consumió callada, muy pensativa.

Siguiendo el Washington Boulevard llegamos sin ningún problema al Rosedale Cemetery, tétrico y silencioso en la noche.

—¿Dónde quedó exactamente?

—Por la entrada de Walton...

Pegué el coche a la acera y lo detuve. La pelirroja abrió su bolso, sacando un abultado sobre.

—Aquí tiene —me lo entregó con mano un poco temblorosa—. Lleve cuidado.

La sonreí, diciendo:

—No se preocupe. En un momento vuelvo.

A continuación bajé del automóvil y encaminé mis pasos hacia la entrada del cementerio. No había nadie allí, sólo sombras y silencio.

Decidí encender un cigarrillo. Y fue entonces cuando por tercera vez en ese día me golpearon en la cabeza.

Pero en esta ocasión no fue con un bolso, sino con algo duro, contundente, posiblemente una porra.

Vi muchas luces y luego todo se volvió negro.

CAPÍTULO V

Lo primero que vi al abrir los ojos fue una gran oscuridad. Después, el cristal.

La cabeza me dolía un horror, sentía náuseas y algo de vértigo. Estaban siendo demasiados golpes en un mismo día, y todos en el mismo sitio.

Fijé mejor mi mirada. La noche era oscura como boca de lobo. Más allá del cristal, a lo lejos, allá en lo alto del cielo, titilaban unas pocas estrellas despistadas. El resto eran sombras.

Bajé mí vista y fue cuando me encontré con el volante del automóvil. Entonces caí en la cuenta de que me hallaba cómodamente sentado.

Me mesé los cabellos, incrédulo, sin entender lo que sucedía, y mi mano se detuvo sobre el opulento chichón, prueba inequívoca de que había sido golpeado. De todas formas, parecía imposible.

Parecía imposible que me encontrase en el interior de mi coche.

En seguida lo había reconocido, no cabía la menor duda. A pesar de ello, cerré y abrí los ojos un par de veces, incluso inspiré profundamente. Era inexplicable aquello. Recordaba perfectamente... Yo había llegado a la entrada de Walton Avenue con el sobre de dinero en el bolsillo, dispuesto a encontrarme con el chantajista y pagarle. No estaba. Al menos, yo no habíale visto. Iba a encender un cigarrillo, para entretener la espera, cuando entonces alguien me golpeó por detrás, traidoramente, en la cabeza, derribándome y enviándome directamente al mundo de los sueños. Punto final.

Ahora había recobrado el conocimiento y, lógicamente, debía encontrarme allí mismo, junto a la entrada del cementerio, tirado sobre el pavimento.

Miré nuevamente a mi alrededor. No sólo me encontraba inexplicablemente en el interior de mi coche, sino que éste no se hallaba aparcado donde yo lo dejara, con mí cliente, la señora Castle, dentro.

¡La señora Castle!

¡Qué imbécil! ¡Sólo preocupándome por mí! ¿Dónde estaba ella?

Allí no, pero de todas formas, para cerciorarme mejor, miré por todas partes. Nada. Ni rastro. Ni su bolso, ni un trozo de tela. Ningún vestigio de violencia. Nada. Como si no hubiera estado nunca en el coche.

Tan impresionado como alarmado, salí del automóvil y observé mi entorno. Me hallaba en una carretera solitaria que reptaba por una colina. Muy a lo lejos, hacia el oeste, se podían distinguir algunas luces, posiblemente de un pueblo o de una urbanización. La noche era más bien fresca, soplaba un ligero vientecillo.

No reconocía aquel lugar. Si fuera de día... Asaltado por una trágica idea se me ocurrió mirar en el portaequipajes, pero no había nada. Entonces me entretuve en rondar por los alrededores. Tampoco hallé ninguna huella de gente. Estaba solo con el coche.

¿Qué había sucedido?

La pregunta era intrigante y ofrecía muy diversas respuestas, casi ninguna de ellas reconfortante. Cada vez me sentía más nervioso, más intranquilo. Era evidente que alguien —¿el que me había atacado?, ¿el chantajista?— se había tomado la molestia de arrastrarme hasta el coche, colocarme en él y luego trasladarme hasta donde me encontraba. ¿Por qué? ¿Y cómo se había marchado luego? ¿Tenía algún cómplice?

Ah, y no había que olvidar a la pelirroja. ¿Qué había sido de la señora Castle? Si me había llevado hasta el coche, debía haber topado inexcusablemente con la mujer. ¿Y...?

Me vino entonces a la mente que ella podía ser ése cómplice. Pero ¿con qué fin? Demasiado teatro para darme un golpe en la cabeza. No entendía nada.

Pensé que lo mejor sería largarme de allí, encontrar el camino de vuelta a la ciudad. Luego tendría tiempo para meditar más sobre el asunto, incluso tratar de localizar a mi clienta. Sabía su nombre: Liz Castle, y debía pertenecer a una alta categoría social. Moviendo mis amistades y soplones no sería difícil dar con ella... si es que no

se ponía en contacto nuevamente conmigo.

Antes de retornar al interior del automóvil, me acordé del sobre del dinero. Imaginé que ya no lo llevaría encima, pero de todas formas procedí a registrarme. No lo encontré en ningún bolsillo, había desaparecido. Bueno, no era de extrañar.

Lo que sí llamó mi atención, al meter la mano en el bolsillo derecho y rozar la pistola, es que el cañón de ésta tuviera cierta tibieza.

Un cierto calor.

Y eso me estremeció.

La saqué rápidamente del bolsillo, observándola. Olía a pólvora. Muy nervioso, con las manos temblando, comprobé el cargador. No me cupo ya la menor duda: había sido disparada. Faltaban dos balas.

Ahora fue algo así como un ramalazo frío lo que sacudió mi espalda.

Disparada. ¿Contra quién? ¿Por qué?

A mi mente saltó como un galgo una parte de la conversación que había tenido con la pelirroja:

«—¿Llevará... pistola?».

«—No suelo usarla».

«—Sería mejor, ¿no? Por si acaso. Por lo que he leído en los periódicos, los chantajistas suelen ser personas peligrosas...».

¿Había sido todo una farsa premeditada con el fin de involucrarme en algo en... en un crimen?

De nuevo en el interior del coche, volví a revisarlo todo, pero no encontré nada, ni siquiera un casquillo.

Enormemente preocupado, encendí un cigarrillo. ¿Qué había sucedido?, era la pregunta que martilleaba mi cerebro incesantemente.

Un negro presentimiento, tan negro como la noche que contemplaba, comenzó a invadirme cada vez con mayor firmeza. Podía verme mezclado en serios problemas. Detrás de todo aquello posiblemente hubiera una maquinación que escapaba en aquellos instantes de mi cabeza.

El cigarrillo se consumió sin llegar a ninguna conclusión. Opté por poner el coche en marcha y alejarme de allí, tomando dirección oeste. Pronto vi un cartel que me anunciaba Pasadena a diez millas.

Eso me produjo cierta tranquilidad. Ya tenía una idea de dónde me encontraba.

Cuando llegué a Pasadena, tomé el Sierra Madre Boulevard bajando hasta encontrar Huntington Drive. Rodando por éste alcancé en seguida el centro de la ciudad.

Ya tenía tomada una decisión. Presentarme en el lugar de la cita con el chantajista. Tal vez encontrara algo. Necesitaba saber.

Al acercarme al Rosedale Cemetery, en seguida supe que las cosas andaban mal, con toda seguridad terriblemente mal. Eso me dieron a entender las luces giratorias azules y rojas que distinguí a lo lejos. Noté un latigazo en el estómago y el pie derecho me tembló sobre el acelerador. A punto estuve de calármelo el coche.

Había una pequeña multitud, a pesar de lo avanzado de la hora. Pero lo que más llamaba la atención eran los dos autos-patrulla y la ambulancia. Sus destellos azules y rojos me alcanzaron produciéndome vértigo.

Di una vuelta de observación con el coche y al final lo detuve en un lugar apartado. Lentamente me acerqué, como un curioso más. Las piernas apenas me sostenían. Un cuerpo se hallaba tendido junto a la entrada del cementerio, cubierto por una manta. Por más que atisbé, no vi nada.

Estaba tan nervioso que tropecé con uno de los fotógrafos de prensa. Después de disculparme, le pregunté quién era el cadáver.

—Aún no se sabe.

—¿Hombre?

—Mujer.

—¿Asesinada?

—Sí. Le pegaron dos balazos.

Fue como sentirlos yo.

—¿Quién lo ha hecho?

—No se sabe.

Lo dejé con su trabajo. Un tremendo nudo atenazaba mi estómago. Casi apostaba a que la mujer era Liz Castle. No podía ser otra.

Un nuevo coche policial se acercó entonces. De él vi bajar a un viejo conocido mío, un hombre grueso, de mediana edad y pelo castaño encrespado. Era el teniente Lew Ballinger, de la Brigada de Homicidios. Un año atrás habíamos tropezado por culpa de un

adulterio que terminó en crimen pasional.

Decidí apartarme de su vista, por si acaso se acordaba de mí, pero no me alejé lo suficiente para poder ver el cuerpo cuando levantarán la manta.

Eso sucedió unos segundos después. Uno de los patrulleros la alzó para que el teniente le echara un vistazo. Yo alargué el cuello entre varias personas que se apretujaban, llenas de morbosa curiosidad.

Efectivamente, era Liz Castle. Si la suerte no me acompañaba, posiblemente me viera metido en un tremendo lío. No había que ser un lince para imaginar que la habían matado con mi pistola. Y yo no podía dar la cara porque nadie me creería, y me vería hasta el cuello.

Inicié el camino hacia mi coche, apesadumbrado. El fotógrafo y otro compañero pasaron junto a mí.

—¡Ya la han identificado, amigo! ¡Esto va a vender! —me dijo riendo.

Yo no mostré mucha curiosidad, puesto que la había reconocido ya.

—Nada menos que Sylvia Elmore, la esposa del conocido político republicano Patrick Elmore.

CAPÍTULO VI

No pude conciliar el sueño durante el resto de la noche, dándole vueltas al asunto una y otra vez, sin descanso. La identificación de la mujer me había dejado totalmente sorprendido, también anonadado. De Liz Castle, nada. ¡Sylvia Elmore! La pelirroja me había mentido al darme su nombre. ¿Por qué? ¿Simplemente por precaución o vergüenza... o había una razón más poderosa, oculta?

Y no sólo eso. ¿Me había mentido también en el asunto de chantaje? ¿Se trataba de otra cosa?

Por si todo esto no fuera poco, había algo más que me inquietaba tanto: su relación con mi otro cliente, Gene Ferguson acerca de los problemas que tenía su padre tanto con los rivales del otro partido como con los del propio. Patrick Elmore, el esposo de la asesinada, era precisamente un rival de Ferguson dentro del mismo partido.

¿Había relación entre los dos asuntos... o todo era pura coincidencia? Desde luego, el nexo de unión era yo. Y el caso me gustaba cada vez menos, sobre todo porque mi pistola había sido usada para un asesinato.

Pensar ahora en las palabras de la pelirroja acerca de la pistola era ridículo, no podía tener previsto eso, puesto que la víctima era ella.

Eso también me hacía dudar de la premeditación del tipo. (Y digo tipo porque ella había hablado de un hombre). ¿Por qué un chantajista iba a asesinar a su víctima, a su gallina de los huevos de oro? ¿O no era un chantajista y ella me había mentido descaradamente? De todas formas, el tipo no podía contar de antemano con mi pistola, me negaba a creerlo, porque eso implicaba colaboración por parte de ella. Era incongruente.

Por tanto, ¿cuál era la explicación lógica a lo sucedido? ¿Cómo se podía haber desarrollado todo?

El tipo en cuestión —fuera o no chantajista, aunque yo me inclinaba a creer que ella no me había engañado, no le veía sentido alguno— no debía tener muy claro el asunto que se llevaba entre manos. Recelaba, y al verme me golpeó y registró, encontrando el sobre y la pistola. Entonces se debía haber dirigido directamente hacia la mujer, y por alguna razón por el momento desconocida había discutido acaloradamente con ella, terminando por pegarle dos tiros. Entonces pensó en mí como culpable. Y estaba claro por qué se había tomado la molestia de trasladarme: no podía dejarme allí inconsciente y que me descubrieran junto a la asesinada, la historia de que yo era el criminal hubiera resultado entonces poco creíble. Lo mejor era por tanto dejarla a ella y a mí trasladarme a otro sitio con el coche. Al llegar a este punto se planteaba una nueva cuestión, muy inquietante: ¿cómo se había largado de la carretera? ¿Tenía un cómplice, había hecho *auto-stop*... o había dejado allí anteriormente su vehículo? Pero pensar esto último era volver de nuevo a la premeditación...

La cabeza comenzaba a dolerme de tanto cavilar, así que opté por dejarlo. Había una cosa evidente y no tenía que darle más vueltas: el tipo pretendía que la policía, poco a poco, llegara por el hilo al ovillo. El ovillo era yo y el hilo la pistola y mi relación profesional con la pelirroja.

Por tanto, me encontraba en un grave aprieto y a partir de ahora debía andar con pies de plomo.

Y lo primero que hice a la mañana siguiente, después de ducharme y desayunar, sin conseguir desprenderme de las preocupaciones que atosigaban mi cabeza, fue presentarme en la sede del partido republicano, allí donde se estaba preparando la campaña de Ferguson.

Con la excusa de una visita a éste para intercambiar impresiones sobre lo que me había sucedido con su hijo Robert, iba a tratar de conseguir información sobre la asesinada Sylvia Elmore. Me atormentaba el asunto este. E imaginaba que allí habría noticias frescas.

Desgraciadamente, me equivoqué. El ritmo de trabajo no se había alterado para nada, todo el mundo parecía ocupado en su

faena. Ni siquiera daba la impresión de que allí hubiera llegado la noticia.

Antes de que alguien me llamara la atención por mi presencia, vi a James Russell, el amigo de Ferguson que le había cedido su casa para su encuentro conmigo. Llevaba una enorme pegatina en la solapa izquierda de su chaqueta.

Me aproximé a él, aprovechando que las dos personas que hablaban con él acababan de dejarle.

—¿Cómo usted por aquí? —se sorprendió al verme.

—Bueno, el señor Ferguson no me dejó ningún teléfono y quería cambiar impresiones con él...

—Me temo que le va a ser difícil.

—¿Por qué?

—Problemas —respondió evasivo—. Espere un momento y veré qué puedo hacer.

Quien retornó junto a mi fue Richard Gantry, el joven y elegante secretario particular de mi cliente.

Tras estrechar mi mano, me invitó a pasar a una salita muy coqueta.

—¿Y el señor Ferguson? —pregunté.

—Lamenta no poder atenderle. Está en una importante reunión.

Hice una mueca y él agregó:

—Me ha rogado que le excusara. Tal vez yo pueda servirle de ayuda. ¿Qué sucede?

—Pues verá... —musité, contrariado—, di con el muchacho. No fue difícil...

—¿Ah, sí? —alegró la faz—. Estupendo.

—Pero luego hubo problemas.

—¿Cómo? ¿No consiguió el...?

Borró la sonrisa automáticamente.

—¿Qué pasó?

—Es de lo que quería hablar con el señor Ferguson. Su hijo llegó a amenazarme con una navaja, incluso quiso pincharme... En fin, pienso que la cosa es grave. No creí que ese chico fuera tan violento.

—De veras lo siento —murmuró, sorprendido por lo que le acababa de relatar—. Ese Robert ha perdido la cabeza... Nos va a meter en un buen lío.

—Así que me gustaría hablar con el señor Ferguson para saber hasta dónde he de llegar —insistí—. No estoy dispuesto a dejarme matar. Por otro lado, si actúo acorde al comportamiento del muchacho, éste podría salir malparado.

—Humm...

—¿Me entiende?

Richard Gantry vacilaba, pensativo.

—¿Por qué tanta duda, señor Gantry? —Me mostré sorprendido—. Creo que el asunto es importante, y si quieren que siga con mi trabajo... ¿Suced algo?

—Problemas.

—¿Graves? —indagué.

—No lo sabemos aún. Ha muerto asesinada la esposa de uno de nuestros más veteranos militantes, hombre de gran influencia dentro y fuera del partido. Se está estudiando hasta dónde nos puede afectar lo sucedido... Estando las elecciones a la vuelta de la esquina...

—Entiendo. ¿La policía ya ha estado aquí?

—Sí, pero no sueltan prenda. Aguarde, señor Fuller —se decidió por fin—. Iré a ver si puedo sacar un momento al señor Ferguson. Creo que esto lo ha de resolver él personalmente...

Me dejó solo en la salita. Aproveché entonces para encender un cigarrillo y fumar en silencio, observando los cuadros colgados en las paredes. La mayoría eran retratos de viejas glorias del partido republicano.

Al término del pitillo apareció el candidato acompañado de su secretario. Gene Ferguson venía en mangas de camisa y el nudo de la corbata aflojado. Se le notaba en plena tensión, muy agobiado.

—Sólo le puedo atender un momento —dijo tras los saludos de rigor—. Richard me lo ha explicado más o menos por el camino.

—Como habrá observado entonces, me encuentro en una situación delicada.

Dio una cabezada. Y luego agregó:

—Desde luego, no quiero que le suceda nada a mi hijo. Fuller. Debe ser hábil.

—Su hijo es un chico difícil.

—Pero es mi hijo —sentenció con voz inflexible—. Si a usted le pasara algo, no se preocupe, yo correré con todos los gastos.

Fui a replicar, pero él no me dejó, añadiendo:

—Lo siento, no puedo concederle más tiempo. Me necesitan en la reunión.

Se marchó tan rápido como vino, sin la compañía del secretario. Miré a Gantry, el cual se encogió de hombros por toda respuesta y me acompañó hasta la salida, deseándome suerte en mi trabajo.

Me fui de allí bastante contrariado, pues del asunto Elmore no había conseguido sacar mucho en claro. Respecto al caso del chico tenía alguna idea para localizarlo, por ejemplo recurrir nuevamente a la gente de su ambiente, como había hecho en un principio.

Pero antes se me ocurrió pasar por la oficina, por si había alguna novedad.

Y la había.

El teniente Lew Ballinger me esperaba impaciente.

CAPÍTULO VII

Ya había observado una extraña sonrisa en el conserje al pasar por su lado, pero no me había dicho nada. Seguro que le habían dado órdenes al respecto.

Lew Ballinger se encontraba recostado contra la pared, fumando un cigarrillo muy pensativo. Su voluminosa humanidad la envolvía en una gabardina gris.

Al verme, arrojó el pitillo a la escupidera del rincón y me saludó cordial.

—Hola. Fuller.

—Hombre, Ballinger.

—¿Éstas son horas de abrir la oficina? —me recriminó sonriente.

—Estaba trabajando. ¿Qué hay?

—Sorprendido por mi visita, ¿eh?

—No me diga que viene como cliente —bromeé.

Esta vez no me contestó, limitándose a ensanchar su sonrisa de lobo.

Yo abrí la oficina y le franqueé el paso. Sin que le dijera nada, se desplomó sobre una de las butacas.

—¡Me encontraba cansado de tanto estar en pie! —masculó como justificación.

—Lamento haberle hecho esperar, teniente.

—No importa. ¿Cómo va el trabajo?

—Así, así.

—¿Hay clientela?

—Algunos pican —respondí ya frente a él, al otro lado de la mesa. Giré gracias al sillón y manejé la persiana para que entrara más luz. Cuando lo encaré, Ballinger parpadeaba—. ¿Qué sucede, teniente? No me voy a creer que ha venido aquí solo para saber si

me va bien el negocio.

Sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su gabardina y la echó sobre la mesa.

—¿La reconoce, Fuller?

Me bastó una leve mirada.

—Por supuesto —exclamé—. Es una de las mías. Mi nombre, mi dirección y mi profesión van escritos muy claramente.

—Sí.

—No lo entiendo.

—¿Sabe quién tenía esa tarjeta?

Los ojos del teniente me escrutaban sin cesar.

—Algún amigo, algún cliente...

—Un cadáver —me soltó de sopetón.

—¡Oh! —Me mostré totalmente sorprendido. Y de veras que no era cinismo. Si se refería a Sylvia Elmore, alias Liz Castle, yo no le había dado ninguna tarjeta de visita. ¿Cómo la podía llevar encima?

—Anoche mataron a una mujer —continuó, sin apartar su mirada de mí—. Le pegaron dos tiros, junto a la entrada del Rosedale Cemetery.

—Hum. ¿Quién era?

—Sylvia Elmore.

Puse cara de ingenuo.

—No la conozco.

El teniente agrió el gesto automáticamente.

—No juegue conmigo, Fuller.

—De verdad que no lo hago —alcé la mano derecha—. Se lo juro, teniente.

—Ella estuvo aquí —dijo muy convencido.

—No. Imposible. Puede mirar mis archivos.

—Su conserje me lo ha confirmado. Ayer mismo, por la tarde... ¿Recuerda ahora?

—Un momento. ¿Se está refiriendo a una mujer de unos treinta años, pelirroja, de cierta elegancia...?

—Sí —me cortó.

Esbocé una sonrisa mientras cogía un lapicero y me ponía a jugar con él.

—No le mentía, Ballinger. Esa mujer me dijo llamarse Liz Castle.

—¿Qué? —Ahora fue él el sorprendido.

—Lo ha oído bien.

Yo pensaba al mismo tiempo muy rápidamente y ya tenía alguna idea de cómo la tarjeta de visita había aparecido encima del cadáver. El asesino la había sacado de mi cartera y se la había colocado a ella. Estaba claro. Era una forma de acelerar la pesquisa policial. Sólo buscaba implicarme, el muy maldito. Ahora ya tenía encima a la policía y me iba a ser muy difícil librarme de ella.

—¿Qué medita, Fuller?

—Nada, teniente.

—Liz Castle, ¿eh? —repitió como un eco tardío.

—En efecto.

—¿Y qué quería?

—Oh, pues...

—No me venga con el secreto profesional —rezongó—. Hoy no estoy para chorradas así.

—No. Se lo iba a decir, al fin y al cabo se terminó el caso. Ella ha muerto.

—Al grano, Fuller.

—Bueno, según lo que me contó en esta primera y única entrevista, la estaban chantajeando.

—¿Sí? ¿Por qué?

—El asunto es delicado.

—Al grano —repitió secamente.

—Bueno, al parecer ella mantenía relaciones con otro hombre. Como era casada...

—¿Y qué quería de usted?

Me tomé unos instantes de pausa, rascándome con el lapicero una oreja. Sabía que estaba pisando un camino muy resbaladizo. ¿Hasta dónde podía contar?

—Quería que la ayudara a descubrir al chantajista —traté de parecer convincente—. Y quedamos que cuando le volviera a llamar y se citaran para la entrega del dinero, me avisaría para que estuviera al acecho.

—Hum —el teniente se removió inquieto en el asiento, haciéndome a continuación la siguiente observación—. Usted se fue de aquí con ella.

Estaba muy bien informado. El conserje...

—Sí, la acompañé al salir. Ya era tarde y tenía ganas de

retirarme a descansar.

—¿No fue con ella?

Le aguanté la mirada todo lo necesario. ¿También había visto el conserje cómo ella subía a mi coche? ¿Nos había visto entrar en el *snack*? ¿Habría estado el teniente allí?

—Bueno, al salir de aquí, ella habló de tomar una copa. Acepté, no conviene desairar a los clientes. Así que fuimos al *snack* de aquí al lado. Luego, como no llevaba coche, la dejé donde me dijo, en el cruce de Alvarado Street y Beverly Boulevard. No sé si vivía por allí, no me lo dijo.

El teniente no dijo nada de momento, cavilaba. Yo dejé el lapicero y tabaleé con los dedos en la mesa. Esperaba que todo lo encontrara normal su cabezota.

—¿Eso es todo, Fuller? —preguntó de pronto.

—Sí.

—¿No le dio una dirección, un teléfono..., algún dato más?

—No, no. Si lo hubiera hecho, habría sido una tonta, dado que me había dado un nombre falso. Supongo que me mintió por vergüenza, tal vez tuviera un alto nivel social..., en fin, esas zarandajas. ¿Me equivoco, teniente?

—No. Ella era la esposa de un conocido profesor de Universidad y político republicano, Patrick Elmore.

—Me suena el nombre. ¿Cómo va el asunto? ¿No se sabe el móvil, se tiene la pista del posible asesino...?

—Hasta el momento nada de nada, aunque su colaboración es valiosa, Fuller. Ahora tenemos que pensar en dos personas, el amante y el chantajista, aparte el asesino, si no es una de ellas.

—Sí, teniente.

—Bien —se puso por fin en pie—. No le molesto más, Fuller. Gracias.

—No hay de qué, teniente.

Amablemente le acompañé hasta la puerta. Sólo cuando se hubo ido, me permití lanzar un largo suspiro de alivio.

Encendí un cigarrillo y me acerqué al ventanal. Vi salir al teniente, subir a un coche y alejarse. Satisfecho, di unas vueltas por la oficina, reflexionando. Bien. La policía ya había comenzado a tirar del hilo tal como quería el asesino. Lo grave sería que llegara al ovillo. Según mis cálculos, eso no podía darse. No había más

pistas. Lew Ballinger me conocía y en ningún momento se le iba a pasar por la cabeza que yo le había pegado dos tiros a la pelirroja con mi pistola, estúpido, sobre todo no existiendo ninguna razón para ello. Sí, ahí estaba mi salvación. No tenía motivos para matarla.

Me tranquilicé un tanto, apagué el cigarrillo y decidí que era hora de ponerme a trabajar. Aún continuaba con el caso de Robert Ferguson. El díscolo muchacho me ayudaría a distraerme.

Mi idea era ponerme en contacto con los jóvenes del otro día, los que vivían en el mismo edificio de Robert Ferguson y me habían indicado el lugar donde iba a realizarse la manifestación.

Desde luego, Robert Ferguson no se encontraba allí, como ya había supuesto. Al parecer su rubia amiguita había estado por el apartamento y se había llevado todo. Según el chico que me atendió, un morenito con barba de chivo, no sabía dónde podía estar.

Le mostré un par de billetes de veinte y vi cómo sus ojillos brillaban. Supongo que pensó rápidamente la cantidad de porros que se podría comprar.

—Tal vez Candy lo sepa.

—¿Quién es Candy?

—Mi amiga, usted la vio el otro día... Ella habló con Nora cuando estuvo aquí...

—Bien. Hablemos con ella.

—Lo siento, pero ha salido a hacer unas cosas. Vuelva a primera hora de la tarde.

—Está bien —me guardé los billetes y él compuso un gesto de contrariedad—. Volveré con el dinero.

Como no tenía más remedio que esperar, decidí volver a mi barrio. Pasé por la oficina y no había ninguna novedad, así que compré el periódico y me fui a lo de

Joey's

a almorzar. Mientras me servían, leí el diario. La noticia sobre el asesinato de Sylvia Elmore era lo que más me interesaba, pero la información periodística apenas me aportaba algo. El texto se acompañaba con una foto del matrimonio y otra del cadáver. Observé curioso a Patrick Elmore. Se trataba de un hombre maduro, de facciones algo apergaminadas y escaso cabello, todo él canoso.

Parecía un padre al lado de ella. No me extrañó que la pelirroja se la pegara.

Más tarde, ya con el estómago satisfecho, regresé a la oficina.

—Arriba le espera otro hombre, señor Fuller —me indicó el conserje con una maliciosa sonrisa.

—¿Y sus ojos no ven a los policías? —le repliqué.

La mirada se le fue al suelo. Yo continué camino hacia el ascensor.

Quien me esperaba arriba era nada más y nada menos que Helen Ferguson, la hija de mi cliente. Estaba bastante pálida, también se la veía nerviosa.

—¡Señor Fuller, por fin! —exclamó al verme.

—¿Qué pasa?

—Algo terrible.

La invité a entrar, preocupado.

—¿Su hermano...?

—No, mi padre. No sé si sabrá que ha aparecido asesinada la esposa de Patrick Elmore...

—Sí, estuve esta mañana en la sede del partido y algo oí. También he leído la información del periódico. ¿Qué sucede?

—Patrick Elmore ha descubierto una carta entre las cosas de su esposa y la ha entregado a la policía. Es la carta de un chantajista. En ella se afirma que Sylvia y mi padre eran amantes.

CAPÍTULO VIII

Me dejó de una pieza. Era la noticia más inesperada. Su padre y Sylvia Elmore...

—He venido a usted, señor Fuller, para ver si nos puede ayudar.

La muchacha había rehusado sentarse: no podía estarse quieta en ningún sitio debido al nerviosismo que le embargaba. Yo también permanecía en pie, pero con la espalda recostada contra una de las paredes del despacho. No salía de mi asombro. ¡Luego Sylvia Elmore tenía en verdad un amante!

—Esto es una infamia, una canallada, señor Fuller —siguió diciendo la joven.

Mi mente era un mar de confusiones. Alcé las manos para frenar un poco sus acaloradas palabras y dije:

—Vayamos por partes. Cuéntemelo desde un principio. ¿Cómo se ha desarrollado todo?

—Ya se lo he dicho —repitió fastidiada—: Patrick Elmore encontró una carta entre las cosas de su esposa. Era una carta anónima, escrita a base de letras recortadas de los periódicos. En ella le decía el que se la mandaba que tenía constancia de su íntima y secreta relación con mi padre y que el silencio le costaría veinticinco mil dólares. Ya le llamaría para concretar la cita para el pago.

—Así que alguien la chantajeada, es cierto —murmuré sin acabar de entender cuanto acontecía.

—Pero ¿qué dice?

—Nada. Olvídelo —deseché con un gesto de la mano—. Patrick Elmore encontró la carta y la entregó a la policía, ¿no es eso, señorita Ferguson?

—Sí.

—¿Qué más sucedió?

—Entonces la policía vino a interrogar a mi padre.

—¿Qué dijo él?

—Lo negó todo, por supuesto.

Respingué.

—¿Cómo?

—¿De qué se sorprende? ¡Mi padre jamás mantuvo relaciones íntimas con esa mujer! ¿Acaso lo creía?

—Pues... —empecé a decir sin saber cómo continuar. Cada vez se liaba más la cosa.

—Por eso le dije al principio que era una infamia, una canallada.

Me pasé una mano por la cabeza, como si de esa manera pudiera serenar mis pensamientos.

—¿Está segura, señorita Ferguson?

—¡Claro que sí! —respondió con vehemencia—. ¡Mi padre es un hombre íntegro!

Era tonto seguir por ese camino, ella creía a pies juntillas en su padre.

—Bien. ¿Qué más pasó?

—Aunque la policía se mostró bastante discreta en su investigación, no así Patrick Elmore, el cual ha aprovechado esto para atacar directamente a mi padre. Ya le dije que no se llevaban muy bien y este suceso ha servido para hacer estallar el volcán. Hay una gran consternación dentro del partido. Mi padre está muy abatido, casi todo el mundo le ha dado la espalda. Se habla de retirarle de la candidatura y colocar a otro en su puesto.

—Mal asunto.

—Tiene que ayudarnos, señor Fuller. Yo pienso que esto es un complot. Mi padre no era el amante de esa mujer. Así pues, todo es una trampa, una confabulación para arruinar la carrera política de mi padre.

Se mostraba patética, desesperada. Pero yo pensaba más en mí que en su padre. Pensaba si aquello podía tener graves consecuencias para mí.

—¿No me cree? —preguntó al observar que yo no decía nada por el momento.

Me humedecí los labios con la lengua antes de responder, mirándola fijamente.

—Hay algo que no sabe y le voy a decir, señorita Ferguson. Eso puede cambiar algunas cosas.

—¿De qué se trata?

Más tarde o más pronto lo sabría, puesto que la policía tenía conocimiento de ello. No valía la pena seguir ocultándolo. Tal vez al revelarlo pudiera sacar alguna conclusión si ella aportaba algo nuevo...

—La señora Elmore era también cliente mía.

Ahora sí se quedó quieta, paralizada. La mueca de su rostro era puro asombro.

—Se presentó aquí bajo el nombre de Liz Castle la tarde pasada, bastante temerosa, y me confesó que la chantajeaban porque había cometido un desliz, es decir, tenía relación íntima con un hombre que no era su esposo.

—¿Y eso lo sabe la policía?

—Sí. Me visitaron hace poco, supongo que antes de saber lo de la carta...

—¡Oh, no!

—Por tanto, señorita Ferguson, existiendo ese amante y existiendo ese chantaje, que confirman tanto la carta como yo... no es descabellado pensar que su padre...

—¡Mi padre no!

—No se muestre tan terca y vehemente. Parece como si acusara a su padre del asesinato.

—Igual me dijo el teniente.

—No creo que su padre la matara, pero sí me parece lógico que sea el amante. ¿Por qué no? Se conocían, ella estaba casada con un hombre muy mayor, su padre es viudo y se mantiene físicamente bien...

—¡Le digo que no!

—Está bien —no quise discutir ese punto más—. Lo importante será descubrir al chantajista, ése debe ser el asesino. ¿Quién podía saber lo de ellos dos?

—¡Usted piensa lo mismo que la policía! —siguió gritando, algo enfurecida—. ¡Nadie sabía nada porque ese lío no existía, señor Fuller! ¡He venido a usted para que me haga caso! ¡Si piensa investigar partiendo de la misma premisa que la policía, no me interesa!

—De acuerdo —consulté mi reloj de pulsera—. Esto habrá que meditarlo y discutirlo detenidamente. Ahora tengo una cita para tratar de resolver lo de su hermano..., si es que todavía sigue interesándoles.

Parpadeó, un poco sorprendida por el cambio de la conversación.

—Ah, si —dijo por fin—. Resuelva lo de Robert definitivamente. Explíqueme lo que pasa, a ver si recapacita. Ya no hará falta que realice propaganda en contra de papá. Dígale también que ahora necesitamos estar más unidos que nunca.

—Si quiere venir conmigo...

—Prefiero estar junto a mi padre. No es bueno que esté solo. Se encuentra muy deprimido. Le daré mi teléfono y se comunica conmigo cuando acabe. Quiero que comience este asunto cuanto antes, señor Fuller..., si es que cree en mí.

Me miraba con extraordinaria fijeza. Yo me sentí turbado e incapaz de decir otra cosa que:

—Por supuesto que sí.

—Gracias.

Me dedicó una sonrisa y a continuación me facilitó un número telefónico.

Los dos salimos juntos de mi oficina, despidiéndome ya en la calle, bajo la curiosa mirada del conserje. Ella tenía su propio coche, un «Ford» último modelo.

Yo me introduje en el mío y encendí un cigarrillo. Lo que necesitaba sobre todo era tiempo para reflexionar. El nuevo giro que había tomado el caso de Sylvia Elmore no me gustaba ni pizca. Cada vez comprendía menos lo que sucedía, sobre todo si Gene Ferguson decía la verdad y no era el amante de Sylvia Elmore. Entonces, como bien había indicado la muchacha, habría que pensar en una especie de complot.

Cuando llegué a la miserable barriada donde vivían los jóvenes, no había conseguido elaborar ninguna conclusión convincente. Pero tenía el presentimiento de que me esperaba alguna otra desagradable sorpresa.

Por lo pronto, me encontré con el morenito de barbita de chivo, muy sonriente.

Escuché un gemido y miré por encima de su hombro. La chica se

hallaba tumbada sobre un semidestrozado diván, llorosa.

—Eh, ¿qué le pasa?

—No se preocupe por ella, amigo, ya se le pasará. Simplemente no entraba en razón —ensanchó su sonrisa, mostrando una dentadura muy blanca—. Dice que usted es un cerdo y que ella no es una chivata.

—Ya.

—Pero no estamos en situación para esas estúpidas y honorables posturas. Ese dinero, amigo.

Se lo enseñé, y en seguida se mostró muy locuaz. Poco después el dinero pasaba finalmente a su bolsillo y yo me trasladaba hasta el valle de San Fernando, más arriba de Devonshire, cerca de los ranchos.

Allí había un trozo de tierra libre que aprovechaban jóvenes de distintos pelajes que no tenían muchos medios económicos para vivir. Se veían algunas destartadas y viejas *roulottes*, varias furgonetas pintarrajeadas, muchas motos y tiendas de campaña. La gente que por el lugar aquel pululaba, toda menor de treinta años, vestía de una forma despreocupada y anárquica. Algunos, tumbados sobre el suelo, indolentemente, canturreaban viejas baladas.

Se respiraba una evidente paz y tranquilidad. Yo estuve curioseando por allí sin que nadie me dijera nada, hasta que al final reconocí la furgoneta de Robert Ferguson y su amiguita. Recordaba perfectamente todos los datos del vehículo que había memorizado el primer día que lo viera.

La furgoneta tenía la puerta trasera completamente abierta. Dentro pude distinguir un cuerpo tirado cuan largo era, muy quieto, que al momento identifiqué con Robert Ferguson. Parecía dormir.

La rubia se encontraba en el exterior, sentada sobre un talado tronco. Tenía un cigarrillo entre los dedos y fumaba mirando pensativa hacia el oeste.

Mientras cavilaba cómo actuar más convenientemente, apareció una moto de baja cilindrada conducida por una muchacha delgada como un palillo. Le dijo algo a la rubia y ésta abandonó el pitillo, se subió atrás y se cogió a la cintura de la otra. Rápidamente se alejaron, con gran estrépito del tubo de escape.

No me lo pensé mucho más. Era mi oportunidad.

Corrí hacia la furgoneta y de un salto subí. Seguidamente cerré

la puerta.

El ruido despertó al muchacho.

—¡Eh! ¿Qué pasa, Nora?

Sus ojos se abrieron del todo, fijándose en mí. Yo permití que la luz que se filtraba a través de la ventana me diera de lleno.

—¡Usted! —gritó al reconocirme.

—¿Qué hay, chico?

Se revolvió furioso, lanzándome un cojín que le servía de almohada.

Yo lo esquivé, cayendo sobre él y atenazándolo gracias a una hábil presa.

—¡Maldito! —farfulló.

—No estoy para perder tiempo, muchacho. No entro ni salgo en tus razones, pero lo cierto es que le robaste veinticinco mil dólares a tu padre y a mí me han contratado para que los recupere. Por tanto, somos antagonistas. Y quien en estos momentos tiene la sartén por el mango soy yo. Así están las cosas y hay que aceptarlas. ¿Dónde está el dinero?

Sus ojos querían fulminarme. Yo tenía un antebrazo apoyado fuertemente sobre su cuello.

—Cerdo...

—Mira, no pongas las cosas difíciles. Tu hermana me ha pedido que te diga que reconsideres tu actitud, ahora más que nunca la familia necesita estar unida. Tu padre se encuentra metido en graves apuros...

—¡No me diga! —soltó una extraña risita—. El gran hombre en apuros... No hay que preocuparse, dígaselo a mi hermana. El lo soluciona todo, sacrificando lo que sea preciso, incluso los amigos. A todo el mundo utiliza para su provecho. Usted no es más que un tonto lacayo suyo.

—¡Basta, muchacho! ¿Dónde está el dinero? —Volví a ir al grano.

—¿Sabe lo que hizo con su mejor amigo? —Siguió el joven por su cuenta su historia—. Le obligó a suicidarse para que no le ensuciara el escándalo. ¿No se lo cree? Pregunte por Greg Farley. Los dos eran inseparables, grandes amigos, tanto que decidieron usar los fondos del partido para sus propios negocios. La cosa les salió mal, pues se descubrió la salida del dinero y la culpa recayó

únicamente sobre Farley, pues era el tesorero. Farley estaba acabado, desesperado, fue a ver a mi padre y éste le dijo que era una tontería que le denunciara porque eso no le salvaría, los dos se hundirían y las familias y los negocios de ambos se irían a pique. El le prometió cuidar de su mujer, de su hijo... y Farley se pegó un tiro en la cabeza esa misma noche, cargando con toda la culpa. Fue un gran trabajo psicológico. ¡Ése es mi padre! ¡Ése es el hombre para el que trabaja usted!

—No me interesan los seriales, muchacho —le dije, despectivo—. Además, tú odias a tu padre, no creo que haya que hacerte mucho caso...

—Sí, le odio. Yo fui testigo oculto de aquella maldita entrevista. Tenía sólo siete años.

—No sigas. ¿Dónde está el dinero?

—Es usted un buitre.

—Lo que quieras. ¿Dónde está el dinero?

Apreté un poco más.

—No... lo tentó...

—¿Cómo que no?

—Lo... di...

Contrariado, aflojé para que pudiera expresarse mejor.

—A ver, cuenta.

—Estoy seguro que mi padre no se lo relató todo. Fui allí para pedirle ese dinero, lo quería para dárselo a una amiga que se ha quedado ciega y lo necesita para pagarse la operación, en Nueva York. Mi padre no se lo creyó, se rió, dijo que era para seguir haciendo propaganda contra él y que no estaba dispuesto... Fue entonces cuando de lo robé. Si lo quiere, vaya a Nueva York. ¡Al Bellevue Hospital!

—Muchacho, eso es otro serial.

—Es la verdad. Veinticinco mil dólares no es nada para mi padre. Y podía hacer una buena obra en su cochina vida de político.

—No te creo.

—¡Se lo juro!

Nos miramos duramente durante unos instantes, en total desafío.

—Puede registrar —dijo él—. Todo esto es lo único que tengo.

Parecía bastante calmado, así que me separé de él. No hizo intención de atacarme ni de escapar. Sin dejar de vigilarle, eché un

rápido vistazo a cuanto nos rodeaba.

—¿Satisfecho? Si quiere confirmarlo, puede llamar al hospital y preguntar por la paciente Dorothy Seymour. Le darán todos los datos.

Inspiré profundamente.

—Está bien —dije—. Lo siento.

Di media vuelta, contrariado conmigo mismo por haber aceptado aquel estúpido caso, y abrí la puerta para salir. Justo en ese momento un coche negro se detuvo ante mí. Bajaron tres hombres. A uno de ellos lo reconocí al momento, se trataba del teniente Lew Ballinger.

CAPÍTULO IX

En un principio no supe qué hacer, del asombro pasé a la inmovilización.

—Hola, Fuller.

—¿Qué hay, teniente? —repliqué preocupado por la presencia del policía.

Los dos hombres que le acompañaban se habían quedado un tanto rezagados, junto al coche.

—Otra vez sorprendido, ¿eh?

—Por supuesto. ¿Es casualidad nuestro encuentro?

—No —esbozo una sonrisa—. Le tengo vigilado desde mi visita a su oficina.

—Hummm...

Todo aquello me hacía presentir dificultades, algo no marchaba bien.

Decidí saltar a tierra. Muchos jóvenes se aproximaban a nosotros, curiosos. Por el rabillo del ojo observé a Robert Ferguson, el cual parecía muy divertido.

—Bueno —dije—, explíqueme qué sucede.

—Han surgido novedades en el asunto de Sylvia Elmore, novedades muy interesantes...

—¿Sí?

Trataba de aparentar serenidad, pero los nervios comenzaban a comerme por dentro.

—Usted me dijo, Fuller, que ella le contrató para un caso de chantaje.

—En efecto.

—Pues va lo hemos confirmado. Era así.

—Eso le demuestra que no le mentí, teniente.

—Seguro, Fuller —dijo, aunque adiviné en su tono cierto matiz irónico—. Hace poco ha llegado a nuestras manos una carta del chantajista, anónima por supuesto y escrita con letras de periódico recortadas. Se encontraba entre las cosas de la asesinada. En ella se desvela que Sylvia Elmore mantenía relaciones íntimas con Gene Ferguson..., del que supongo usted ha oído hablar.

Hizo una pausa muy teatral. Yo también permanecí callado, preguntándome adónde quería llegar. Cada vez me olía aquello peor, y a Ballinger le veía muy seguro de sí mismo.

—¿Qué le parece, Fuller? —me preguntó.

—Muy interesante, sí —asentí con la cabeza también—. Estudie la caria, trate de dar con el chantajista, posiblemente él sea el asesino.

—Eso hemos hecho.

—Estupendo. Entonces ya tienen al culpable. ¿Qué pinto yo en el caso? ¿Se ha molestado en venir hasta aquí solo para contarme eso?

—Hay algo que usted no me dijo, Fuller.

—¿A qué se refiere?

—Usted trabaja para Gene Ferguson.

—Bueno, usted no me lo preguntó —repliqué rápidamente.

—Sí, es cierto —reconoció sin perder su sonrisa ni su afabilidad—. Pero resulta muy curioso que, habiendo tantos detectives privados en la ciudad, la amante de su cliente fuera a contratarle a usted.

—Una casualidad.

—Y usted debió darse cuenta de la relación entre ambos...

—Esto... sí, claro. ¡Bueno, un momento! —salté—. ¡No me líe, teniente! Me di cuenta cuando usted me visitó y me reveló la auténtica personalidad de ella. Recuerda que ella me dio un nombre falso. Sí, era la esposa de un hombre del mismo partido que mi cliente. No le di excesiva importancia.

—Ya. Ella le dio un nombre falso. Liz Castle, ¿no?

—Sí, ya se lo conté.

—¿Alguien lo puede confirmar?

—No.

—Así pues, es sólo su palabra.

Fruncí el ceño.

—¿Qué insinúa, teniente?

—Lamentablemente su historia no tiene quien la corrobore, Fuller.

—Esa carta...

—La carta nos descubre el adulterio de la señora Elmore y también que hay un chantajista, en efecto, tal como usted me reveló. Pero nadie me puede confirmar que lo que se habló en su oficina es lo que usted me contó.

—¡Teniente!

—He elaborado una buena historia que responde a todo, Fuller, incluso a la pregunta más importante: ¿quién es el asesino?

—Pero...

—Atienda —me cortó secamente—. Usted estaba contratado por Gene Ferguson y de alguna manera, gracias a esa relación, descubrió el lío entre él y la mujer. Entonces compuso la carta para la señora Elmore, una carta que debió dejar en el buzón o entregar por un intermediario, pues no lleva sellos. Ella corrió a su amante y le dijo lo que había. Los dos esperaron su comunicación, que llegó por teléfono, Ferguson escuchó posiblemente gracias a un supletorio y reconoció su voz. No dijo nada de momento. Ella, su amante, se personó entonces en su despacho, Fuller, y le descubrió el juego. Chantaje contra chantaje, o algo así. No sé exactamente qué es lo que ocurriría, lo cierto es que se fueron de allí juntos, debieron discutir y usted la mató.

Estaba completamente helado. Era la historia más demencial que había escuchado en mi vida.

—Usted la mató, Fuller —repitió el teniente.

¿Era éste el plan diabólico del asesino?

—Es muy grave lo que dice, teniente Ballinger. Y además no tiene pruebas. Por ejemplo, si eso fuera verdad, el señor Ferguson ya me habría acusado como chantajista y asesino. ¿Acaso lo ha hecho?

Ahí veía una vía de escape.

—No. El lo niega todo.

—Entonces... —Traté de sonreír.

—Es lo que le conviene a su carrera de político. Si le acusa a usted, sabe que eso es reconocer su lío con Sylvia Elmore, y todo habría acabado para él. Los políticos piensan en primer lugar en sí

mismos. Y usted se está beneficiando de eso en estos momentos.

—No, teniente. Esa historia es insostenible. Se está dejando llevar por...

—Hay más —me interrumpió—, y puede ser definitivo.

—¿Qué?

—Usted no tiene coartada para esa noche, ¿verdad?

—No —tuve que reconocer—. Estuve solo.

—Y lo más importante. Se han extraído las balas del cuerpo de Sylvia Elmore. Corresponden a una «*Parabellum*» del nueve largo. Casualmente usted tiene registrada una pistola de ese modelo.

Las palabras me cayeron como una losa. Era el remate final.

—¿Es así?

Asentí muy lentamente.

—Si viene con nosotros y nos deja su pistola para que hagan las comprobaciones pertinentes en Balística, saldremos de dudas. Si me equivoco, si mi corazonada es falsa, no tendré inconveniente en pedirle perdón. ¿Vamos, Fuller?

No dije nada, tampoco me moví. Me sentía totalmente abatido, porque ahora, al salir a relucir lo de la pistola, veía mi perdición con absoluta claridad. Inexorablemente, tirando del hilo la policía había llegado al ovillo. Yo había creído que jamás pensarían en mí, que no había motivos, y por tanto no caerían en el detalle de mi pistola. Ahora podía reírme fuerte de todas esas deducciones. El asesino lo había planeado a la perfección y Ballinger le estaba haciendo el juego sin saberlo.

Como continuaba sin moverme, los dos hombres del teniente vinieron entonces hacia mí, a un gesto de su jefe, y me cachearon hábilmente. Yo llevaba la pistola encima, por si me era necesaria. Imbécil. Vi cómo el más alto la metía cuidadosamente en una bolsita de plástico.

—Al coche —dijo Ballinger. Y sus hombres me dieron un empujón para animarme a caminar.

Entonces volví un poco a lo que me rodeaba. Los rostros de los jóvenes que asistían curiosos a la escena, el sol en declive de la tarde, el límpido cielo, las tiendas de campaña, una balada lejana...

—¿Y mi coche? —objeté.

—Forbes lo llevará. Dale las llaves.

Forbes era el detective alto. El otro se puso al volante del coche

policial. Ballinger subió atrás conmigo. Giré el rostro y me encontré con la sonrisa burlona de Robert Ferguson. Cuando arrancábamos, me dedicó un corte de mangas.

—¿Un cigarrillo? —me ofreció el teniente, ya camino de Los Angeles.

Lo acepté.

El humo pareció reanimarme un poco. Una vocecilla interior me dijo que tenía que ocuparme de mi mismo.

—De veras lo lamento, Fuller —me dijo el teniente.

—Está equivocado.

—Lo sabremos dentro de poco.

Dentro de poco tendrían la confirmación y sería enchironado. No, no podía permitirlo. Y si ahora le contaba lo que sabía, no me iba a creer. La única salida era intentar la huida.

¿Cómo?

No sé por qué me acordé de Robert Ferguson al entrar en la ciudad y tener que aminorar la marcha el conductor. Había una forma.

Mi coche iba delante. Ahora circulábamos por una calle de una sola dirección. El tráfico era denso, pues mucha gente retornaba a su casa tras el final de la jornada laboral.

De repente me decidí. Hice como que iba a apagar el cigarrillo en el cenicero de la puerta, pero lo que en verdad hice fue abrir y lanzarme al exterior.

CAPÍTULO X

Reboté sobre el asfalto como una pelota. Un coche tuvo que frenar, originando un escalofriante chirrido de neumáticos, para no atropellarme. Sonaron bocinazos, voces de protesta y gritos de Ballinger.

Para ese momento yo ya estaba en pie y corría como un gamo en dirección contraria. Los policías tuvieron que bajar de los coches para seguirme y entonces provocaron un atasco que los dejó dubitativos, según pude observar por el rabillo del ojo. Finalmente solo me siguió Ballinger.

Afortunadamente para mí, porque el teniente era un hombre bastante grueso. Doblé una esquina y paré un providencial taxi que por allí pasaba. Me subí a él rápidamente, diciéndole que siguiera adelante. Miré hacia atrás y vi a Ballinger, apuntando en una libreta. Había sido más veloz de lo que yo imaginaba, el muy condenado.

Cuatro calles más adelante le ordené que parara al taxista, le pagué y busqué otro.

Con el siguiente me trasladé hasta Hollywood y me perdí entre el gentío de Sunset Boulevard, sintiéndome más aliviado. En cuanto vi una cabina telefónica, me colé en ella y llamé al número que me había facilitado la hija de mi cliente.

—¿Helen Ferguson? —pregunté nada más descolgaron al otro lado del hilo telefónico.

—Un momento, por favor...

Era una voz de mujer, ronca; posiblemente una empleada. Mientras esperaba, miré al exterior. No se veían policías, no distinguía ningún signo de alarma. La gente iba y venía con suma tranquilidad.

—¿Sí?

—Señorita Ferguson...

—¡Señor Fuller! ¡Usted!

—¿La oye alguien?

—No.

—Mire, las cosas se han complicado...

—Lo sé. Dicen que usted es el... Bueno, eso me parece imposible.

—Por supuesto que lo es. Oiga, quisiera verla. ¿Puede acudir al cruce de Vine y Sunset, en Hollywood? No tengo vehículo, acabo de escaparme de la policía...

—Oh.

—¿Puede?

—Sí.

—No tarde. Hemos de hablar largo y tendido sobre este escabroso caso. Tengo algunas ideas.

—¡Voy en seguida!

Me quedé por allí, esperando impaciente. Jamás me había visto en una situación parecida. En todo caso, era yo quien debía perseguir gente, no al revés.

Helen Ferguson cumplió, apareciendo en el mínimo de tiempo posible. Nada más vi su auto, subí a él y le dije que emprendiera camino hacia el interior de las Montañas de Santa Mónica.

—Ya encontraremos un lugar discreto donde podamos charlar tranquilamente.

Ella asintió y condujo en silencio. Tomó el Laurel Canyon Boulevard y luego viró al oeste por Mulholland Drive, hacia el Upper Reservoir. Pero antes de llegar allí, en Hidden Valley, hallamos un hueco que nos pareció adecuado, tras adentrarnos por un camino vecinal solitario.

Nos rodeaba un inmenso silencio y las primeras sombras de la noche ya caían sobre nosotros. A lo lejos comenzaron a brillar algunas luces.

—¿Cómo está su padre? —le pregunté.

Ella había sacado su cajetilla de tabaco. Me respondió cuando ya habíamos encendido sendos pitillos.

—Mal. Todo se está complicando horriblemente.

—Ni que lo diga... —exhalé una bocanada de humo—. ¿Cómo se

ha enterado de lo mío?

—La policía volvió a interrogar a mi padre y entonces salió usted a relucir. Mi padre reconoció que lo había contratado. El teniente mostró mucho interés en conocer los detalles y luego contó su relación con Sylvia Elmore.

—Ajá.

Me miró fijamente, diciendo.

—Pero yo estoy segura de que esa teoría de la policía no es cierta, señor Fuller. Mi padre es inocente, no era el amante de esa mujer, por tanto usted no puede ser el culpable de ese chantaje.

—Sí. Eso es algo que sólo nosotros sabemos. Y nos lleva a la conclusión de que todo ha sido un complot contra su padre, Sylvia Elmore o yo.

—¿Cómo?

—Mire usted —me acomodé mejor en el asiento del coche—. Si su padre es inocente como él declara, no existe el adulterio, por tanto la carta del chantajista es falsa, una prueba para despistar a la policía, y el tal chantajista no existe. Sólo existe un asesino.

—Pero ella fue a su oficina porque...

—Creo que Sylvia Elmore fue manejada hábilmente por el asesino —la interrumpí—. Ya le he dicho: lo único que existe es un asesino con una mente diabólica. Y la pregunta que cabe es la siguiente: ¿a quién quería destruir, a su padre, a Sylvia Elmore o a mí?

—¿Y a los tres? —sugirió.

—No sé de nadie que pudiera odiarnos a los tres, no hay nada en el pasado que una nuestras vidas. Como mucho, creo yo, podía darse el caso de que alguien odiara a su padre y a Sylvia Elmore, y a mí me ha utilizado como pichón. O que solamente odiara a su padre, y Sylvia Elmore y yo sólo somos peones de ese diabólico asesino.

—Sí, eso debe ser. Con ese plan prácticamente ha acabado con la carrera política de mi padre. Ya le han destituido de su candidatura.

—Era de imaginar. ¿Y qué va a pasar ahora?

—Han designado a James Russell como sustituto.

—Russell, ¿eh? —Gruñí, el ceño fruncido.

Ella apagó el cigarrillo en el cenicero que había en el

salpicadero.

—¿Qué piensa?

—Para organizar todo este embrollo premeditadamente, como pienso que ha sido, utilizando a Sylvia Elmore para que acudiera a mí, había que saber que yo estaba en relación con su padre. Y eso sólo lo sabían James Russell, su familia y Richard Gantry, el secretario de su padre.

—Ellos son de total confianza, señor Fuller.

—¿Seguro?

—Yo pongo la mano sobre el fuego. Russell es amigo íntimo de papá desde siempre, nuestras familias han estado siempre muy unidas, su hija Rebecca y yo hemos crecido juntas...

—¿Y Gantry?

—Es un fiel colaborador. Mi padre se ocupó de su educación y todo, se lo debe todo a él. ¿Por qué iban a querer arruinarle? Y sobre todo, ¿por qué matar a una mujer como Sylvia Elmore?

Me quedé un instante pensativo, aprovechando para estrujar la colilla en el cenicero.

Luego dije:

—Eso también me pregunto. Y sólo se me ocurre una respuesta: ella también molestaba, igual que su padre.

Helen Ferguson no pareció muy convencida.

—Mire, no encuentro razón alguna para que James Russell o Richard Gantry odien a mi padre hasta el punto de querer destrozarle. Por otro lado, tampoco encuentro razón alguna para que uno de ellos matara a Sylvia Elmore. Nunca los vi juntos, nunca se cuchicheó o rumoreó sobre algo entre ellos. Russell es un hombre casado y fiel. Gantry está muy enamorado de Rebecca y van a casarse próximamente.

—Muy bien —admití, de mala gana—. ¿Entonces cómo entro yo en el lío, yo que voy a ser el culpable?

—Pudo ser en un principio una casualidad. Y el asesino la aprovechó a su favor.

—Ya he dejado de creer en las casualidades, señorita Ferguson. Además, eso sería tanto como admitir que Sylvia Elmore sí estaba sufriendo el chantaje y entonces pensó en recurrir a un detective privado, siendo yo el escogido por azar.

—Sí.

—Por contra —continué con mis deducciones—, yo creo que vino a mí instigada por alguien, el hombre que pensaba matarla e involucrar a su padre, el cual la engañó con alguna falsa historia. ¿Por qué dio un nombre falso? Yo creo que eso fue cosa del asesino, para evitar que yo pudiera relacionarla. ¿Por qué me sugirió que llevara pistola? También debió ser idea del asesino, para tener un arma con que matarla.

Lo que no concibo es cómo consiguió engañarla. Y cómo sabía de mí.

—Tal vez Russell o Gantry se fuera de la lengua, lo comentara entre gente allegada del partido, al fin y al cabo que mi padre le hubiera contratado no tenía por qué ser un top secret.

—Bueno, ya tenemos algo y eso implica a alguien del mismo partido.

Ella asintió con la cabeza.

—Porque no creo en un complot de la competencia política. Me parece descabellado pretender hundir a un rival matando a una mujer e involucrando en el crimen a un inocente. Sería demasiado.

—¿Entonces? —Volvió a clavar fijamente sus ojos en mí—. Me da la impresión de que usted tiene alguna idea.

—Sí.

—¿En quién ha pensado?

—En la única persona que tenía estrecha relación con su padre y con la muerta.

La joven respingó al exclamar:

—¿Patrick Elmore?

CAPÍTULO XI

Atravesábamos Beverly Hills, camino de Bel Air, donde residía Patric Elmore. Durante el trayecto yo le había ido contando mis impresiones a la muchacha.

—Hay varias cosas en contra de ese hombre. Una: según usted me comentó es un rival de su padre dentro del mismo partido.

—Es cierto —asintió—. Desde que yo recuerde, nunca demostró simpatía por nosotros, todo lo contrario, desprecio. Siempre va a la contra de mi padre.

—Dos: es un hombre mayor que casi debía doblar en edad a su esposa, por lo tanto no sería muy aventurado pensar que el matrimonio no fuera bien.

—Ahora que lo dice..., últimamente no se les veía tan unidos, incluso se rumoreaba que las cosas no marchaban como antes.

—Y tres: él fue quien encontró la carta del chantajista. Esa carta es falsa, no pudo recibirla Sylvia Elmore porque la hubiera denunciado, alguien la debió poner entre sus cosas luego, es decir, después de su muerte.

—¡Tiene razón!

Helen Ferguson pareció entonces más convencida y animada. Ya habíamos llegado a Bel Air. Nuestro hombre vivía por la zona de Capello Way.

Era una moderna y coqueta casita en lo alto de una colina, desde la que se tenía una maravillosa vista. Dimos una vuelta con el coche para observar el entorno. Nada nos llamó la atención. Parecía no haber vigilancia alguna.

Finalmente descendimos del automóvil y nos acercamos. Llevábamos un plan establecido.

La puerta nos la abrió una mujer de edad, de pelo canoso y ojos

saltones. Nos rogó que permaneciéramos en el recibidor mientras ella avisaba al señor.

Patrick Elmore apareció al poco envuelto en un batín, con un pañuelo blanco al cuello y calzando unas babuchas. Estaba pálido y ojeroso. Al ver y reconocer a Helen Ferguson su rostro se agrió mucho más.

—¿Qué hace aquí? —espetó.

—Deseamos hablar con usted, señor Elmore —respondió la joven calmamente, sin inmutarse porque el otro no había querido estrechar su mano. Me señaló—: Éste es Clem Harris, un detective privado al que hemos contratado para que investigue el asunto. Ya sabe que no estamos de acuerdo con la versión de la policía.

—¡Hum!

Me observó detenidamente, se mordió el labio inferior y al final concedió:

—Está bien, pasen.

Nos llevó hasta una amplia sala biblioteca repleta de libros.

—Acomódense. En seguida vuelvo. Estaba revisando unos exámenes...

Salió. Helen Ferguson y yo intercambiamos una mirada interrogativa. De pronto, oí un click muy característico y mis ojos fueron directamente hacia el teléfono. Ella también miraba allí.

Alguien había colgado otro teléfono y estaba marcando. Asaltado por una sospecha, corrí hacia la puerta por donde Patrick Elmore había desaparecido, abrí y entré como un huracán en su despacho.

—¿Policía? —preguntaba en esos momentos el muy maldito.

De un manotazo le arranqué el auricular, tan brutalmente que también me llevé el hilo del enchufe.

—¡Asesino! —Me escupió.

Sin contestarle, le cogí por el pañuelo y lo arrastré de vuelta a la sala biblioteca. Helen Ferguson nos esperaba con un rostro de cierta ansiedad.

—Parece ser que me reconoció —comenté, al mismo tiempo que lo dejaba caer sobre una de las butacas.

—¡La policía me dio una buena descripción suya! —me chilló—. ¡Es usted un asesino!

—Cálmese, Elmore.

—¿Qué osadía es ésta de presentarse en mi casa? ¿Acaso también quiere asesinarme a mí?

—Sólo pretendemos averiguar la verdad. Ya se lo dijo la señorita Ferguson: no estamos de acuerdo con la versión de la policía.

—Todo está claro. Ferguson era la amante de mi mujer y usted el asesino de ella.

—¡Señor Elmore! —Se mostró ofendida la joven.

—Déjeme a mí, señorita Ferguson —tercié—. Vigile, no vaya a ser que la doncella muestre curiosidad...

Luego me encaré al dueño de la casa.

—Esto es serio, Elmore —le advertí duramente—. Procure responder a mis preguntas. No estoy dispuesto a cargar con el asesinato de su esposa.

—Está loco.

—Hábleme de ella —hice caso omiso de su observación—. ¿De dónde era?

—De La Jolla.

—¿Dónde la conoció?

—Aquí, en la Universidad. Todo el mundo sabe eso. Ella era alumna mía.

—Ajá. El profesor y la alumna... Muy bien. Pasemos a lo importante: ¿cómo marchaba su matrimonio?

—Mal, también lo saben algunos.

—¿Por qué?

—Últimamente ella no me hacía mucho caso. Había otro hombre en su vida.

—¿Está seguro?

—Ella misma me lo confesó.

Me detuve un instante, asimilando aquello. ¿El amante existía en verdad?

—¿Es cierto eso... o se lo ha inventado para justificar la carta y el crimen? —le pregunté de pronto.

El rostro del profesor enrojeció.

—¡Es un tema hartó desagradable para que me lo invente! ¡Es cierto que las relaciones con mi esposa iban mal! —hizo una pausa, inspirando profundamente—. Yo la quería, pero ella había dejado de amarme... si es que en verdad alguna vez me amó. No lo sé. Lo cierto es que hace poco discutimos acaloradamente y tuvo el

cinismo o la valentía de confesármelo, incluso ya había iniciado contactos con un abogado, Jameson, para comenzar los trámites del divorcio. Busque a ese abogado y podrá confirmarlo todo.

—Humm... ¿No se preocupó de saber quién era ese hombre?

—Sí.

—¿Lo averiguó?

—Gene Ferguson.

—¿Se lo dijo ella también?

—No.

—¿Lo investigó usted o algún compañero mío?

—No.

—¿Entonces...?

—Lo ponía bien claro en la carta.

—Oh, llegamos a la clave del asunto. La carta. Esa carta la encontró usted, ¿no?

—Sí —se envaró—. ¿Qué insinúa?

—Nada por el momento. Volvamos a Gene Ferguson. A usted no le cae nada simpático, ¿verdad?

Hice una pausa, a ver qué decía, pero no abrió la boca. Entonces agregué:

—Según tengo entendido son algo así como enemigos dentro del mismo partido. ¿O no?

Le miré fijamente, y esta vez sí respondió:

—Cierto.

—¿Por qué?

—El asunto viene de muchos años atrás. Es una vieja historia.

—Me gustaría escucharla.

—Usted no debe estar al tanto...

—Es igual.

—Bien. Le diré que por aquel entonces el tesorero del partido era un hombre llamado Greg Farley, amigo mío, y también muy buen amigo de Gene Ferguson. Sucedió que...

Arqueeé una ceja, interrumpiéndole:

—Algo de eso ya he oído. Hubo un desfalco, ¿no?

—Exacto. Yo fui precisamente quien lo descubrió y denunció. Farley, por supuesto, quedó inmediatamente en entredicho, como culpable. Pero yo siempre sospeché que Gene Ferguson había participado también. Desgraciadamente no se pudo probar mi

acusación porque Farley, en vez de confesar públicamente, se suicidó cargando con todas las culpas.

—Ajá —musité. Todo coincidía más o menos con lo que había escuchado de labios de Robert Ferguson.

—Y a raíz de eso ya no me cayó bien —prosiguió Elmore—. Siempre he recelado de él. Es un hombre excesivamente ambicioso, sin apenas preparación intelectual, capaz de todo por algo que lo eleve.

Había un tono despectivo en sus palabras. Helen Ferguson, que escuchaba atentamente desde la puerta, le recriminó:

—¡Señor Elmore!

—Eso es lo que pienso —se encogió de hombros—. Me han preguntado y he contestado.

—Muy bien —asentí—. No le cae bien Ferguson. Y por otro lado su esposa Sylvia se le iba de su lado, pues prefería a otro hombre. Tenemos el cuadro perfecto.

—No me gustan sus palabras.

—Usted ideó un diabólico plan para matar a su mujer y arruinar políticamente al hombre que odiaba, valiéndose del pobre de mí y colocando la maldita carta entre las cosas de su esposa para corroborar todo.

—Eso es falso completamente —estalló, rojo como la grana—. ¡Falso!

—No, Elmore. Creo que es usted el culpable.

—Esa noche estuve en una reunión de profesores en la UCLA^[1] hasta altas horas. La policía ya hizo las investigaciones pertinentes a ese respecto.

—Pudo contratar a alguien.

—¿A quién? Yo no tengo contactos con los bajos fondos. Tampoco soy un hombre amante de la violencia. Soy simplemente un profesor de Universidad. Se equivoca conmigo. Además, había reflexionado sobre el asunto y pensaba concederle el divorcio a mi esposa, si así era feliz, y recluirme en mis estudios y mi trabajo universitario. Lo de Sylvia quedaría como un sueño, como un hermoso sueño... —La voz se le quebró—. ¿Quién asesina a su más hermoso sueño?

Se hizo un silencio dramático. La joven y yo intercambiamos una mirada.

—Por otro lado —agregó el viudo, recuperándose de la emoción—. Yo no sabía de usted, Fuller. ¿Cómo iba a implicarlo en el caso? El contestó:

—Ya he pensado respecto a eso. Había gente del partido que sabía que yo trabajaba para Ferguson, alguien pudo comentárselo...

—Tenga en cuenta que yo no pertenezco al grupito de Ferguson. A mí no me llegan las noticias. Además... —Sus ojos brillaron un instante.

—¿Qué?

—Hay algo que no ha pensado.

—Dígallo.

—Si todo es una trampa contra Ferguson, y yo soy el asesino, ¿por qué no sale a la luz pública el verdadero amante de Sylvia? El podía desvelar la mentira, la trampa...

—Porque no existe.

—No es un invento mío, Fuller. Ya se lo he dicho. Puede hablar con el abogado Jameson. El divorcio estaba en el pensamiento de Sylvia, la causa: otro hombre. Existe un amante, y yo creo que es Ferguson.

—¡No lo es! —gritó Helen.

—Tranquilícese, señorita Ferguson —dije—. Y vayamos por partes. Ferguson es inocente, yo soy inocente, admitamos que usted también es inocente, Elmore... ¿qué nos queda? Un misterioso asesino. Y un hecho claro: alguien colocó esa maldita cana entre las cosas de su mujer. Como hemos admitido la inocencia suya y de Ferguson, tuvo que ser otra persona. Muy bien. Otra persona la colocó después de la muerte de su esposa. ¿Quién estuvo aquí la noche de marras?

—Ya le he dicho que yo estaba fuera.

—¿Y el servicio?

—Precisamente tenía libre.

—Hum. Pues alguien debió venir.

—Yo no observé ningún forzamiento en puertas o ventanas, ni siquiera la alarma se disparó...

—Alguien con llave, entonces.

—¿Con llave de mi casa? —Respingó—. Imposible. Ni siquiera el servicio dispone de ella.

—El verdadero amante de su mujer podía tenerla, ¿no? Al

menos pudo sacarse una copia.

Patrick Elmore enmudeció.

—Pero todo esto —objetó Helen Ferguson, también muy impresionada— derriba sus primeras conclusiones.

—En efecto reconocí. —Hay que partir de nuevos planteamientos y datos. Resulta que Sylvia Elmore sí tenía un amante, aunque no era su padre. Por otro lado y recordando su visita a mi oficina, yo casi juraría de que en verdad sufría un chantaje, por tanto, existe también el chantajista. Y lógicamente— esboqué una sonrisa —hay un asesino.

—¿Entonces? —inquirió la joven.

—La conclusión que ahora extraigo es que el amante, el chantajista y el asesino son la misma persona.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Sí. Se trata de una persona que estaba unida sentimentalmente a Sylvia Elmore y quería desembarazarse de ella. Por otro lado, odiaba a su padre por alguna razón que no he descubierto o no alcanzo a ver. Y entonces decidió matar dos pájaros de un tiro, metiéndome a mí por medio.

—Parece lógico —aprobó el profesor.

—Creo que la cabeza me va a estallar —comentó la joven.

—Me gustaría hablar con su padre, señorita Ferguson. Tal vez intercambiando opiniones pudiéramos dar con el móvil, con alguna otra pista.

—Mmm... Será difícil llegar a mi casa. Supongo que estará vigilada por la policía.

—Lo sé, pero hay que intentarlo. No podemos estarnos quietos, por él y por mí. Hemos de librarnos de esas falsas imputaciones.

—Está bien —cabeceó—. Podemos llamarle y citarle en algún sitio de confianza, por ejemplo, la casa de James Russell. ¿Qué le parece?

—Okay.

Helen Ferguson se encaminó hacia el teléfono de aquella sala, mientras el profesor y yo permanecíamos expectantes. Una vez hubo conseguido la comunicación con su casa, la escuchamos decir:

—¿Betty? Soy la señorita Ferguson.

—...

—¿Eh?

—...

—¡No!

El auricular escapó de su mano y todo su cuerpo se tambaleó. Yo corrí, llegando a tiempo de sujetarla. Su rostro era del color de la cera.

—¿Qué pasa? —indagué.

—Mi padre... —balbuceó—, mi padre se ha suicidado.

CAPÍTULO XII

Patrick Elmore estuvo diligente tomando el auricular y cortando la comunicación para que al otro lado del hilo no escucharan nada.

Yo había depositado a la muchacha sobre una butaca. Había roto a llorar y no había forma de calmarla. Opté por dejarla desahogarse.

—Voy a preparar unas bebidas —dijo entonces el dueño de la casa dirigiéndose hacia el mueble bar—. Creo que todos las necesitamos.

Asentí con una cabezada.

Sólo cuando Patrick Elmore regresó junto a nosotros con los vasos mediados de licor, la muchacha parecía haberse recuperado algo.

Yo tomé uno de los vasos y se lo alargué.

—Beba. Le hará bien.

Ella lo aceptó entre sorbetones. Su mirada se clavó entonces en el profesor.

—Lo siento, señorita Ferguson —le dijo el hombre, apretando los labios.

—Todos tienen la culpa —increpó ella—. Le han arruinado, le han destrozado, le han conducido a la muerte...

Patrick Elmore no replicó.

—El era inocente, un buen hombre, trabajador infatigable... —prosiguió ella vehementemente—. Nada de lo que dijo usted es cierto. ¡Jamás robó!

Miré al dueño de la casa. Le vi que se contenía por respeto al dolor que embargaba a la joven y que le hacía decir todo aquello. Fue entonces cuando me convencí plenamente de que aquel hombre no podía ser el culpable.

Helen Ferguson se había envalentonado, tal vez animada por el alcohol:

—¡Usted sí que es un asesino!

—Basta ya, señorita Ferguson —intervine entonces—. Contrólese. Es muy lamentable lo que ha pasado, pero el señor Elmore no tiene la culpa.

—Estuvo difamando a mi padre. Y yo no estoy tan segura de que no sea el inductor de todo este plan endemoniado.

—No lo es. Y además no difamó a su padre. Simplemente explicó su sospecha.

—¡Es una injuria!

—Desgraciadamente, es cierto —le repliqué con acritud.

—¿Cómo? —saltó como una loba herida—. ¿Acaso se pone ahora a su favor?

—Escúcheme —dije, inspirando fuertemente—. Ya comenté que había oído algo sobre el caso Farley. Y es cierto. Me lo contó su hermano Robert. No le quise decir nada para no herirla. ¿Sabe por qué odia su hermano a su padre? El fue testigo de niño de la última conversación entre Farley y su padre. En ella su padre convenció al abatido y desesperado Farley para que no le denunciara de lo que habían hecho entre los dos, pues con ello no iba a arreglar nada y las familias se arruinarían. Así que le sugirió la vía del suicidio. A cambio, él prometió encargarse de su familia, de su mujer y de su hijo. El otro, por lo visto, aceptó.

—¡No!

—Ésa es la verdad que destrozó a su hermano, empujándole al odio a su padre y a largarse de casa.

Helen Ferguson hundió la barbilla en el pecho. Patrick Elmore, por su parte, había fruncido el entrecejo.

—Sr. Fuller... —dijo—. Hay algo que me ha llamado la atención.

—¿Qué?

—Ha dicho mujer e hijo refiriéndose a Greg Farley.

—En efecto.

—Pues me temo que está mal informado.

—No le entiendo.

—Farley estaba casado, sí, pero desgraciadamente durante el primer embarazo de su esposa, ésta sufrió un, aborto y tuvieron que intervenirla quirúrgicamente. A raíz de eso quedó estéril. Lo recuerdo bien porque fue un drama que viví de cerca, por ese

entonces manteníamos cierta amistad.

Me salió un gallo de voz, muy sorprendido:

—¿Quiere decir que Greg Farley nunca tuvo un hijo?

—Ni siquiera adoptivo.

* * *

Le pedí un tiempo a Patrick Elmore para comprobar aquel nuevo y sorprendente dato. No quería verme en la necesidad de emplear ningún tipo de violencia con él.

—Puede que esto arrojé luz al caso —le dije—. No me denuncie a la policía. Quiero volver a hablar con Robert Ferguson, a lo mejor entendí mal.

—De acuerdo —aceptó—. Si usted confía en mí, yo confiaré en usted.

—Gracias.

Me llevé de allí casi arrastrando a una medio asombrada y llorosa Helen Ferguson.

—He de ir con mi padre —se resistió a hacer lo que yo quería.

—El está muerto ya —fui duro y realista—. Es más importante hablar con su hermano, de paso le comunicaremos la noticia. Además, necesito su coche. ¡Vamos, por favor!

Ella se llevó una mano a la cabeza.

—Todo me parece una pesadilla —gimió—. Sylvia Elmore asesinada, mi padre acusado de mantener relaciones íntimas con ella, primero usted culpable, luego Elmore, mi padre se suicida, ahora lo del hijo de Farley.

—Es una pesadilla, sí —asentí—, pero si salimos de ésta, le prometo tiempos mejores.

Ella me miró con sorpresa. Yo me incliné y le rocé los labios cariñosamente.

Eso pareció reanimarla más, sus ojos adquirieron cierto brillo y ya dócilmente caminó hacia su coche. Poco después, ella al volante, corríamos por la carretera camino del San Fernando Valley.

Siguiendo mis indicaciones, llegamos al lugar. Varias fogatas proporcionaban calor y luz a los jóvenes por allí desparramados, la mayoría de ellos formando un insólito coro. La música resultaba agradable, pegadiza.

Caminamos entre ellos, tratando de descubrir a Robert Ferguson.

Los jóvenes, al vernos, enmudecieron y eso provocó que todos se fijaran en nosotros, observándonos como si fuéramos bichos raros.

La amiguita rubia del muchacho fue la que nos descubrió, gritando:

—¡Bob!

—Tranquila, Nora —apareció él, sonriente—. Viene con mi hermana. ¡Hola, Helen!

—Robert... —balbuceó ella, y rompió a llorar nuevamente.

—Eh, ¿qué pasa?

Le hice una seña.

—¿Qué pasa? —insistió.

—Tu padre, muchacho. Se suicidó.

La noticia le causó impacto. Notó cómo su nuez de Adán se agitaba, quiso decir algo y no pudo.

Helen se abrazó entonces a él. El resto de los jóvenes mantenían un respetuoso silencio. Incluso la agresiva rubita Nora había dulcificado la expresión de su rostro.

—¿Tan... tan grave era el problema? —preguntó el muchacho, por encima del hombro de su hermana.

—Sí.

—¿De qué se trataba?

—¿No escuchaste al teniente cuando vino a por mí?

—Apenas algo. Usted bajó de la furgoneta y se acercó a él. Sus palabras no me llegaron claras, al parecer usted estaba metido en un asunto de asesinato.

—En efecto, pero también estaba implicado tu padre. En breves palabras...

Le puse al corriente de todo cuanto había acontecido desde que Richard Gantry apareciera por mi oficina.

—¿Y no es cierto?

—Por supuesto que no. Pero tu padre no ha soportado el escándalo y...

Helen Ferguson se separó de su hermano, diciéndole:

—Papá no tenía nada que ver con el caso de Sylvia Elmore, de veras.

—¿Y usted, Fuller?

—Yo tampoco. Le he contado todo lo que sé. Pero sigo siendo el culpable para la policía. Supongo que me deben estar buscando

como locos.

—Ya.

—Y necesito tu ayuda, muchacho. No sólo yo, también la memoria de tu padre. He llegado a una conclusión: el amante de Sylvia Elmore además de querer eliminar a ésta, posiblemente, porque se había cansado de ella, quería también arruinar a tu padre, por alguna razón. Y eso es lo que estoy buscando para tratar de descubrirle: el móvil.

—Yo puedo decirle algo sobre...

—Sobre Farley, muchacho —le interrumpí—. Tú me hablaste sobre el caso Farley, ¿recuerdas?

—Sí.

—Esta noche he vuelto a oír hablar del mismo caso. Y hay una contradicción.

—¿Cuál?

—Tú me hablaste de un hijo, y al parecer Farley no tenía ningún hijo.

—Ah, eso —no pareció muy sorprendido.

—¿Estás seguro de lo que me dijiste?

—Desde luego.

—¿Cómo se explica?

—En eso estuve pensando yo durante mucho tiempo. Yo sabía que Farley estaba casado, el matrimonio había estado muchas veces en mi casa de visita, pero nunca había oído hablar de un hijo. Cuando tuve más edad, decidí averiguar la verdad. Era algo que me aguijoneaba desde aquella maldita tarde que escuché la no menos maldita conversación entre Farley y mi padre. Hice averiguaciones por mi cuenta y descubrí la verdad. Resulta que Greg Farley tenía una amante y ésa fue la que le dio el hijo, un chico al que no reconoció y al que se le impuso el apellido de la madre soltera. Al suicidarse Farley, ellos iban a quedar desamparados y fue en los que pensó, ellos eran su mujer y su hijo, sólo lo sabía mi padre. Y él se ocupó a partir de entonces de que no les faltara nada.

—¿Quién es ella?

—Era, murió hace unos años. Se llamaba Ethel Gantry. Como ya habrá imaginado, el hijo de Farley es Richard Gantry, el protegido de mi padre.

CAPÍTULO XIII

—¡No puede ser! —Fue Helen la primera en reaccionar—. ¡Richard no puede ser un asesino! ¡El se lo debe todo a mi padre! ¡No es posible!

—Ahora hay un motivo —dije, casi jubiloso—. El debió averiguar la verdad y...

—Yo no lo creo —objetó Robert Ferguson—. La conversación de aquella tarde sólo la conocíamos Farley, mi padre y yo. Farley no dijo nada por la cuenta que le traía, mi padre otro tanto, y yo siempre lo mantuve en secreto porque no quería hacer daño a nadie. Con el tiempo observé a Richard y me di cuenta que no sabía absolutamente nada, él cree la historia que su madre le contó, que su padre fue un soldado que murió en la guerra de Corea sin poder cumplir su promesa de matrimonio.

—¡Hum! —Torcí el gesto.

—Creo que...

—¡El lo debió averiguar de alguna forma! —exclamé, interrumpiéndole nuevamente—. Cuando desencadenó en este momento su venganza, fue porque acababa de saberlo. El te visitó antes que yo, si mal no recuerdo, ¿no?

El muchacho asintió.

—Recuerdo que comentó que estabas medio drogado...

—Sí...

—Y según tu padre lo arrojaste a cajas destempladas.

—Si...

—Enfadado y en ese estado, pudiste irte de la lengua, ¿no?

—Además —empecé a verlo todo muy claro—, concuerda perfectamente que fuera el amante de Sylvia Elmore. Es un hombre joven, atractivo. Y no me extraña que él al final se cansara de ella y

la matara. Ella pensaba divorciarse de su marido, se pondría pesada y querría arruinar su boda con Rebecca Russell, un mejor partido. Creo que encaja. Lo malo... ¡lo malo es cómo lo vamos a demostrar! ¡Hay que aportar una buena prueba para que confiese!

—Yo tengo algo que estoy queriendo decirle desde hace mucho tiempo, Fuller.

—¿A qué te refieres, muchacho?

—A una casualidad que puede solucionar este embrollo. Escuche lo siguiente...

* * *

La casa de los Ferguson parecía un infierno: gentes, coches, policías, ambulancias, luces de todos los colores, periodistas... Daba la impresión de que todo Beverly Hills se hubiera dado cita allí.

Nada más entrar el coche de Helen Ferguson, muchos se agolparon sobre nosotros. Hubo *flashes*, preguntas, codazos... Ballinger también estaba allí, abriéndose paso rápidamente.

—¡Fuller! —gritó.

—No tema —le sonreí—. No voy a escapar.

Hubiera sido imposible además. Estábamos completamente cercados. Entre las personas que nos rodeaban, aparte los detectives de policía, reconocí a los Russell, a Richard Gantry. Varias chicas se acercaron a Helen, al parecer amigas suyas, para darle el pésame.

—Vamos —me ladró el teniente.

—Espere un momento —dije, librándome de su zarpa—. Tengo cosas importantes que contar.

—Ya lo dirá en el Departamento de Policía.

—Escúchele, teniente —intercedió Helen Ferguson—. Y ustedes también —se dirigió a los periodistas, muchos de los cuales me aproximaron sus cassettes de miniatura—. ¡Va a ser un bombazo!

—Creo que he resuelto el caso —dije, y entonces se hizo un profundo silencio.

Hubo una sonrisa escéptica por parte del teniente, pero me dejó estar.

—Por supuesto, señores —dije con voz potente a todos los allí reunidos, en el jardín de la finca—, ni Gene Ferguson era el amante de Sylvia Elmore, ni yo su asesino. Todo ha sido un maquiavélico plan ideado por un hombre que odiaba a Ferguson y quería

deshacerse de la mujer, su amante.

Me tomé un breve descanso, observando a los presentes. Me di cuenta que había prendido el interés en todos ellos.

—Resulta que Sylvia Elmore iba a divorciarse de su esposo —proseguí—, pues se había enamorado de otro hombre. Supongo que insistía a su amante para que se dedicara sólo a ella y eso él no podía hacerlo. La situación llegó a ser violenta y entonces él ideó eliminarla, puesto que no podía romper porque ella no lo admitía. ¿Cómo eliminarla? Inculcando también al hombre que aborrecía secretamente, que estorbaba su camino. Para ello le envió una carta anónima a Sylvia Elmore idéntica a la descubierta, pero cambiando el nombre de Gene Ferguson por el suyo y dando cita y pidiendo cantidad. Ella, claro, corrió asustada a él. Y él la convenció de que lo mejor era pagar, que fuera ella a la cita pues resultaba menos comprometido. Sylvia Elmore, lógicamente, demostraría cierto temor y entonces él aprovechó la baza para colocar la segunda parte de su plan, tras quedarse con la carta ésa. El le sugirió que se hiciera acompañar por un detective privado. Debía darle nombre falso para cubrir las apariencias y aconsejarle que llevara pistola para mejor protección, pues los chantajistas a veces resultan peligrosos. Y bien, ahí entraba yo. Ese hombre sabía que yo había comenzado a trabajar para Ferguson y para que todo le fuera bien le indicó mi nombre a ella. Sylvia Elmore se presentó ante mí como Liz Castle, me explicó su caso y me rogó que la acompañara a la cita de marras. Por supuesto, en todo momento ocultó también el nombre de su amante.

Hice una nueva pausa, buscando aire y saliva. La gente estaba completamente expectante.

—Bueno, y los dos fuimos a la cita —continué con mi narración—. Allí estaba él, esperando. Me golpeó por la espalda, cogió mi pistola aprovechando mi inconsciencia y le pegó dos tiros a la mujer. Entonces a ella la dejó allí tirada y a mí me transportó a mi coche, se sentó al volante y me condujo hasta un lugar apartado donde había dejado su propio automóvil. Hizo el cambio y se fue rápidamente a la casa de los Elmore. Entró sin dificultad gracias a una copia de la llave y colocó la falsa carta del chantajista entre las cosas de Sylvia Elmore. La carta que tanto ha distorsionado el asunto... Todo estaba preparado. Ya nada más tenía que hacer. Sólo

esperar, que estallara el escándalo, Ferguson se viera relegado, hundido, y la policía pensara en mí, descubriera mi pistola y me detuviera. Yo sería el chantajista asesino y Gene Ferguson el amante. Porque en esta historia hacía falta un amante, ya que ella se había ido de la lengua con su marido, incluso se había puesto en contacto con un abogado para iniciar los trámites del divorcio.

—Esa historia es increíble —masculló el teniente, aprovechando mi respiro.

—Es verídica. Y sabemos quién es el asesino, porque cometió un único fallo. Telefonar a su amante para tranquilizarla desde el despacho de Gene Ferguson, precisamente el mismo día que Robert Ferguson, el hijo del candidato, estaba allí para robar la caja fuerte de su padre. Al oír la puerta abrirse, el joven se escondió prudentemente para no ser descubierto. Y fue testigo excepcional de la conversación que ese hombre mantuvo con su amante, Sylvia Elmore, tratando de tranquilizarla, prometiéndole que todo lo arreglaría... Robert Ferguson no le dio a eso mayor importancia, pues es uno de esos chicos que no espera nada bueno de los políticos, todos estos actos los encuentra lógicos y normales. Pero casualmente esa breve conversación sí tiene su importancia, porque desvela quién era el amante de Sylvia Elmore, su asesino...

No acabé. De pronto, estúpidamente. James Russell echó a correr.

CAPÍTULO XIV

Por supuesto, James Russell no anduvo más de cinco pasos. La policía cayó sobre él como un halcón sobre su presa.

Y tuvo que confesar largo y tendido, corroborando cuanto yo había dicho. El no estaba dispuesto a romper su matrimonio tal como Sylvia exigía, pues eso era destrozar su imagen política. Russell se divorcia de su mujer y se casa con la ex esposa de un compañero del partido... Por otro lado, estaba harto de hallarse siempre a la sombra de Gene Ferguson. Eliminándolo, él pasaba a ser cabeza de serie, como en los grupos de los campeonatos de tenis.

Respecto a Richard Gantry, ni Helen ni yo comentamos nada. Consideramos que era mejor continuar como antes. Robert Ferguson renunció a su parte y continúa con su rubita y sus amistades del porro y la guitarra. Helen Ferguson delegó todos los asuntos en Richard Gantry y éste se sintió feliz de esa confianza. Su matrimonio con Rebecca Russell tuvo que posponerse, obviamente, pero al final se celebró y fue. —Richard Gantry— una pieza clave para que tanto su esposa como su suegra salieran de la profunda crisis en que habían caído tras la revelación de la verdad.

Hoy día, mi oficina se ve más concurrida que nunca. Tengo fama. Pero Helen, con la que ya vivo días mejores, tal como le prometí, se ríe de ella siempre que puede.

—Si la gente supiera lo mal detective que eres. Si no llega a ser por mi hermano, te pegas un planchazo horrendo.

Cuando se pone en ese plan no tengo más remedio que morderla. Entonces se calla.

FIN

Albert Rosbund es el pseudónimo del escritor Alberto Rosbound Izquitino.

Notas

[1] University of California at Los Angeles. < <